LOS HOMBRES DE NOIDIM

LARRY WINTERS.

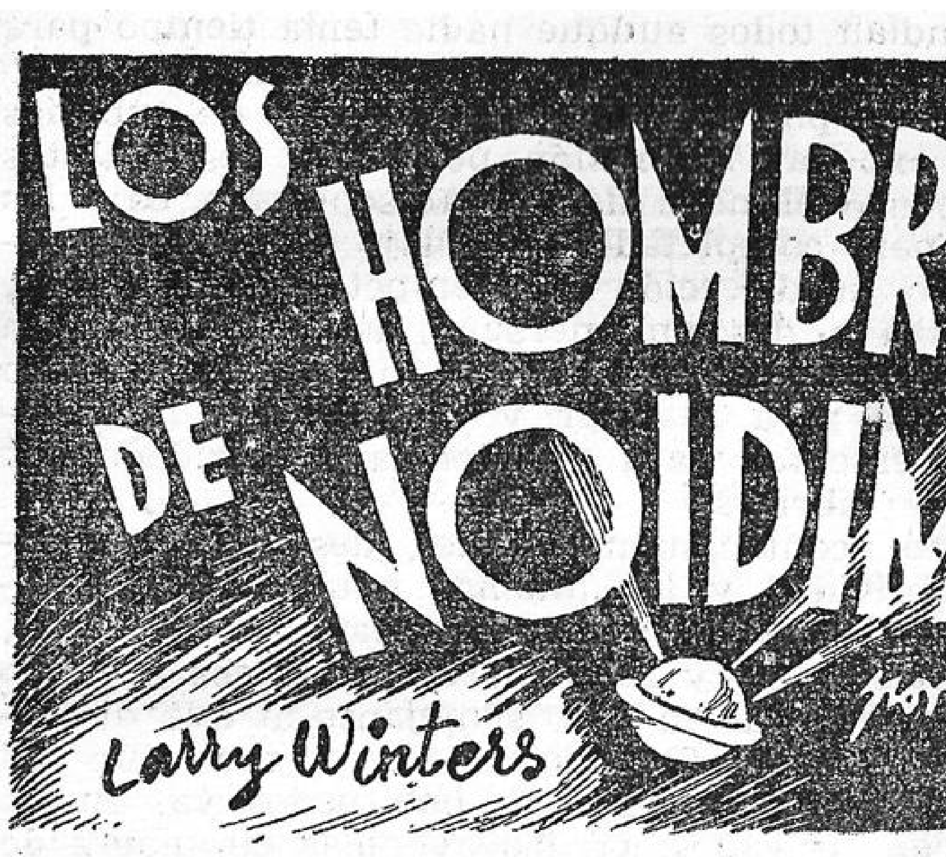
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

JOSÉ LUIS

LOS HOMBRES DE NOIDIM

PERSONAJES

Hansen "el sueco". —Comandante de la nave sideral *Kristian.*
Cristina Tegel. —Prometida de Hansen.
Frank Ulbritch. —Jefe supremo de la ciudad submarina.
Kurt Engle. —Copiloto del *Kristian.*
Festen. —Técnico en radar a bordo del *Kristian.*
Ketty Fraser. -—Teniente de las fuerzas aéreas canadienses.
Karl "el rubio". —Técnico auxiliar.
Vassili. —Cabecilla rebelde.
Heinrich. —Ayudante de Frank Ulbritch.
Irma "'la rusa". — Habitante de la ciudad submarina.
Profesor McAlister. —Sabio astrónomo a bordo del *Kristian*.



CAPITULO PRIMERO

CONATO DE SEDICION

*U*NA febril actividad era la nota más destacada de la ciudad submarina que iba completando aceleradamente su primitivo y apresurado nacimiento. Bajo las aguas del Mar Glacial, a despecho de las bajas temperaturas invernales que la soterraban con una dura y espesa capa de hielo, surgían los adelantos y comodidades necesarios todos para su subsistencia. Hoy era un acontecimiento importante el que se producía y así lo comprendían todos aunque nadie tenía tiempo para festejarlo. Hasta entonces respiraron oxígeno traído desde Oasis por una interminable red de tuberías que lo expelían a presión por todos los ámbitos del inmenso cilindro de cristal sepultado bajo las aguas; pero completado el utillaje de los laboratorios bajo la dirección de competentes químicos, comenzaba a descomponerse el agua del mar en oxígeno, hidrógeno y sales minerales, utilizando el primero para respirar y

almacenando los restantes elementos para atender las necesidades de talleres y fábricas.

Magno acontecimiento aquel, desapercibido entre la actividad y las muchas maravillas científicas que poblaban la ciudad. Lámparas de luz solar, rayos ultravioleta y reguladores caloríficos creaban un clima artificial en todo semejante al que disfrutaran en la superficie de la tierra y al que los habitantes de Oasis estaban habituados ya. Bullía la vida en las calles, en las avenidas circulares de la ciudad, en las minúsculas habitaciones que servían de alojamiento y en las oficinas que pudieran llamarse «oficiales». Se extendía por todos los pisos en que estaba dividida la inmensa urna vitrea, pero ese mismo bullicio que en otras circunstancias sería el reflejo de una población despreocupada y feliz, tranquila y contenta, se traducía aquí en una actividad inusitada y en todas las personas que la poblaban se advertía el mismo apresuramiento y la misma avidez por terminar unos trabajos que no parecían tener fin.

En todos estaba presente la idea de un mañana incierto, plagado de riesgos y peligros, de calamidades y desgracias mucho mayores que las soportadas en otro tiempo y que ni siquiera su esperanza en el resurgimiento y su fe en el porvenir consiguieron hacerles olvidar. Eran seres que nacían a la vida después de una guerra para colonizar de nuevo la tierra muerta; eran apenas un grupo insignificante de supervivientes que se encontraban ante una nueva amenaza llegando hasta ellos desde las alturas insondables del espacio astral bajo la apariencia de unas conclusiones y una teoría formulada por un viejo científico, ya desaparecido, que les hacía luchar para defenderse contra ella y trabajar incansables para perfeccionar sus armas defensivas y ofensivas.

Alguien había fomentado en provecho propio una terrible guerra entre las dos facciones en que se hallaba dividido el mundo, y atacándoles simultáneamente con terribles armas enzarzó a los humanos en una pelea despiadada, cuyo final llegó a la destrucción casi total de la humanidad y al aniquilamiento de la tierra que les servía de patria. Ese alguien diabólico, puesto que ni por sus métodos ni por sus armas podía llamársele humano, procedía de alguno de los innumerables planetas que poblaban el espacio y que por alguna razón desconocida puso sus ojos sobre la Tierra tomándola como objetivo de sus planes y proyectos. Fue el profesor Weissemer, el científico desaparecido ya, quien se dio cuenta del peligro y dio la voz de alarma para prevenir a los suyos contra la amenaza que se cernía sobre ellos. Desde entonces hasta la fecha de su muerte, poco más de cuatro años, los millares de supervivientes

refugiados en las galerías de una mina abandonada reunieron sus energías para llevar a la práctica las teorías creadas en sus laboratorios, sacaron enseñanzas de las deducciones, perfeccionaron sus métodos, buscaron nuevas materias y nuevos elementos y llegaban al momento actual, diciembre del año 2024, con la satisfacción de quien ha cumplido un deber, construyendo una ciudad debajo del mar y lanzando a la Luna un gigantesco cohete como viaje de prueba de las nuevas aeronaves del futuro.

Ocurrió todo ello después de establecer contacto con otro grupo de supervivientes de allende el Atlántico, agrupados en torno a una nueva ciudad llamada Ontario[1]. Un ingeniero aeronáutico llamado Hansen partió hacia la Luna acompañado por una selecta tripulación, y de su regreso se esperaban grandes experiencias y adelantos en materias desconocidas hasta entonces desde su punto de vista práctico.

Mientras, en la ciudad submarina, proseguían los trabajos con ritmo acelerado cumpliendo las instrucciones salidas de la oficina central del Consejo Rector de la ciudad, emplazada en el piso bajo, en el centro del amplio círculo de la base como un corazón mecánico que empujase la sangre de la actividad por todas las venas y arterias de alojamientos y calles. Era como el Estado Mayor de un pequeño ejército, y de allí partían las órdenes de combate, puesto que de guerra se trataba lo que estaban librando contra el agresor del futuro.

No contaban las horas para la ciudad submarina, pero en la superficie terrestre estaba atardeciendo un día espantosamente frío cuando una mujer se dirigió hacia los despachos del Consejo, Rector solicitando ver al jefe supremo. Pugnó y porfió hasta conseguir su intento y...

El zumbador del dictáfono dejó oír su sonido apagado. Frank Ulbritch extendió mecánicamente su mano izquierda para abatir la clavija correspondiente, y sin abandonar el examen de los cálculos que estaba comprobando escuchó la voz de su ayudante que le llamaba desde el antedespacho.

—Lamento molestarle, Frank, pero hay una mujer que desea verle.

—Atiéndala usted, Heinrich. Ya advertí que no me molestaran para nada.

—Lo sé, pero insiste en hablarle personalmente. Dice que se trata de algo muy importante pero no consigo sacarle nada más. De no ser por ello no le habría llamado.

—Está bien —suspiró resignado Frank—. Hágala pasar, Heinrich.

Abandonó el lápiz sobre la pulida superficie de la mesa y alzó la cabeza al percibir unos tímidos golpes sobre la puerta.

—Pase de una vez —exclamó.

Entro una mujer, delgada, pálida y con el sello de las penalidades impreso en el rostro como una marca indeleble. Sus facciones denotaban todavía restos de una marchita belleza. En los nerviosos movimientos de su cuerpo, en la movilidad de sus manos y el vibrar aleteante de sus palabras se advertía la excitación que la poseía.

Aceptó el asiento que Frank le ofreció con un gesto y miró anhelante al hombre que decía:

—Le ruego sea breve; tengo demasiado trabajo, y estoy pendiente de Un aviso de la central de comunicaciones.

—¿Se sabe algo más del señor Hansen? —preguntó ella.

—Nada que no se haya comunicado a todos.

—Espero que no le haya ocurrido nada.

—Concretemos. ¿Ha venido sólo preguntando por Hansen?

—No; desde luego que no. Supongo que me recordará, Frank —habló la mujer—. Me llamo Irma... Irma «la rusa».

—¡Ah, sí! La recuerdo en efecto. Irma. ¿Cómo sigue su pequeño, necesita alguna cosa?

—Mi hijo está bien, Frank; pero tampoco he venido para hablarle de él, sino de todos nosotros.

—Usted dirá, Irma.

—Le dirigiré tan sólo una pregunta, Frank, y de ella podremos sacar las conclusiones más convenientes. Es solamente: ¿Por qué cree que se está adelantando tan poco en el túnel de Oasis?

Frank la miró con atención, porque el túnel a que se refería la mujer era la principal de sus preocupaciones como responsable de todas las medidas de seguridad en su calidad de jefe supremo de la ciudad submarina. Su iniciación se debía a un proyecto propuesto por él mismo como medida defensiva contra el adversario desconocido que los amenazaba y contra quien se estaban protegiendo. El primer paso, en vida aún del profesor Weisse- mer, fue levantar una ciudad debajo del agua, debido a que ese elemento, juntamente con el cristal, eran las únicas materias que no sufrían alteración bajo los efectos de las armas enemigas. Pero la ciudad submarina era demasiado pequeña para contenerles a todos

y poco menos de la tercera parte del total viviente continuaba habitando en Oasis, la vieja mina abandonada en otro tiempo y floreciente ahora a causa de la nueva veta de uranio que se estaba explotando, cuyos pozos y galerías estaban terminando de acondicionarse con un revestimiento de vidrio.

En Oasis estaban sus talleres, sus fábricas y fundiciones, sus principales laboratorios y almacenes de pertrechos, sus arsenales y polvorines, sus reservas de víveres y sus fuentes de materias primas… todo cuanto de necesario, en suma, había en su vida y que tan sólo en reducidas cantidades podía ser trasladado con ellos aprovechando el espacio libre que dejaban los alojamientos y calles de la nueva ciudad.

Dado que en un futuro próximo se haría imposible la permanencia en la superficie terrestre, se imponía un medio de comunicación directo con Oasis, a través de un conducto también contra todo efecto destructivo y nada había mejor que un túnel construido bajo el suelo marino, protegido por la masa de agua que gravitaba sobre él, que podía ser llevado a cabo sin exigir demasiados esfuerzos a unos equipos de obreros dotados de la más moderna maquinaria. Actualmente, y después de las oportunas pruebas efectuadas con ellos, uno: de los aparatos de ondas ultrasónicas traídos de Ontario se encargaba de abrir un ancho pozo sobre la costra de hielo que cubría la superficie del mar, dando salida a la campana neumática que salía de las profundidades y asegurando la comunicación entre los dos puntos distantes entre sí un centenar de kilómetros, y continuaba todavía este sistema cuando las cuadrillas de trabajadores comenzaron el túnel partiendo a la vez de ambos extremos.

Vistos los resultados de los primeros días se calculó que en un plazo no superior a dos meses se habrían unido en su centro las máquinas salidas de la ciudad submarina y de Oasis. Girando sobre sus orugas avanzaban en cabeza las excavadoras y perforadoras siguiendo al grupo de hombres que con pequeñas cargas explosivas hendían la pétrea muralla. Tras ellas había otro equipo de obreros sin más tarea que fragmentar con sus taladros eléctricos las rocas demasiado grandes antes de introducirlas en las negras fauces de las dos gigantescas trituradoras que las reducían a finísimo polvo. Potentes ventiladores y aspiradores renovaban la atmósfera, tuberías con oxígeno a presión facilitaban el avance y una iluminación diurna hacía factible un trabajo desarrollado por un proceso mecánico casi completo, en el que los hombres no tenían más misión que vigilar las herramientas y cuidar de su buen

funcionamiento. Tras aquella vanguardia venían cuatro enormes plataformas-taller que apisonaban los desniveles del piso y tendían sobre él una cuádruple línea férrea, y por ambos lados de ellas se deslizaban las correas sin fin de los extractores que transportaban el polvo desde las trituradoras hasta unos filtros electrónicos que separaban todas aquellas materias susceptibles, de convertirse más tarde en cristal, expulsando los desechos hasta una nueva serie de transportadores que los dejaban junto a las esclusas y puertas estancas de la ciudad submarina, listos para ser sepultados en los pozos que las mangueras de presión abrían en el fango de las profundidades, o las lanzaban al aire en Oasis.

El túnel avanzaba con celeridad, pero poco después de iniciadas las obras comenzó a retrasarse el trabajo de una manera perfectamente apreciable. Frank visitó los tajos, habló con los ingenieros y capataces que los dirigían y hubo de conformarse con la respuesta de que se tropezaban con grandes dificultades en la excavación, que las perforadoras no rendían lo previsto en los primeros momentos y que el plazo de tiempo fijado para la terminación del túnel habría de ampliarse por lo menos al doble.

Por eso miró con sorpresa a la mujer que le dirigía aquella pregunta, esperando una explicación que lo aclarase. En vista de su silencio y su interrogadora mirada preguntó a su vez:

—¿Por qué cree usted, Irma?

—Porque el cincuenta por ciento de los hombres que en él trabajan son rusos. Yo he venido a advertirle, Frank, y sé que el retraso lo motiva un solo hombre, un tal Vassili, que trata de crear una segunda edición de su partido entre sus compatriotas obreros.

—Usted se cuenta entre esos compatriotas, Irma. ¿Por qué me advierte de sus manejos?

—Por una razón muy sencilla. Porque renegué de ellos cuando, abandonada de todos, fui recogida por Hansen y los suyos, fui cuidada y atendida como uno más entre sus refugiados, y nada faltó a mi pequeño mientras fue posible. Aprendí muchas cosas nuevas durante mis meses de convivencia con el grupo de Hansen y después, cuando sus hombres salieron a buscar los alimentos que mi hijo necesitaba, cuando los encontraron y fuimos recogidos por ustedes, los de Oasis, me prometí a mí misma pagar algún día el inmenso favor que todos me hicieron. Sólo soy rusa de nombre, Frank; mis pensamientos y mi corazón están con ustedes, sin que para nada influyan los manejos de Vassili y los suyos.

—Gracias, Irma. Le agradezco la noticia, pero no veo todavía la

causa del retraso en las obras.

—Vassili trata de amotinar a los obreros rusos; les habla exponiéndoles las razones que le mueven a obrar así, sabotean las máquinas para que no rindan lo previsto, entorpecen el avance, ocultan los explosivos reservándolos para sus fines, fomentan el desconcierto encauzándolo contra las personas que, como usted, están al frente de todo esto…

—Interesante… Muy interesante, Irma.

—Vassili habla de la tiranía que un pequeño grupo ejerce sobre toda la población de la ciudad, ataca a las personas destacadas que están al frente de los distintos trabajos, censura su proceder…

—Es suficiente, Irma. Sólo quiero que me diga cuándo será la próxima conferencia de Vassili sobre este tema… y qué solución encontraría usted para poner remedio a este estado de cosas.

—Dentro de dos horas se interrumpirán los trabajos para que los obreros coman y den paso al *otro* turno de trabajadores. Entonces hablará Vassili, estoy segura. En cuanto a la solución, tengo una muy sencilla: detenga a todos los rusos, expúlselos de la ciudad y láncelos a la superficie terrestre. No quiero que confíe tampoco en mí y le pido que, en caso de aceptar mi proposición, me cuente también como uno más entre los expulsados. Considero mi nacionalidad como un estigma maldito y de alguna forma he de purgarlo aunque no haya tenido la culpa de nacer en Rusia.

—Lo pensaré, Irma, y cualquiera que sea la solución que adopte habrá un puesto especial para usted.

—Si hubiera estado aquí el señor Hansen, a el se lo habría dicho.

—¿Le considera superior a mí en el mando? —preguntó Frank, molesto por aquellas palabras que herían en cierto modo su vanidad de jefe supremo.

—No, Frank. El señor Hansen es para mí el primer hombre que me salvó y ustedes, los de Oasis, los segundos. Mi agradecimiento va de él a ustedes, y ese y no otro motivo me hizo hablar asi.

Finalizada la entrevista y despedida la mujer, Frank habló con su ayudante a quien llamó por el dictáfono.

—Tenemos un trabajo especial para dentro de unas horas, Heinrich —dijo—. Vamos a convertirnos en obreros del túnel y acudir a las obras cuando empiecen su turno. Llama a Karel y dile que venga con un grupo de sus vigilantes. Iremos armados.

—¿Puedo saber la causa, Frank? —preguntó Heinrich sin salir de su asombro.

—Amigo mío, la humanidad es muy extraña. Ansia la paz y no sabe vivir con ella. Teme a la guerra y la desea al mismo tiempo. Ahora mismo, mientras todos trabajamos para defendernos de un desconocido atacante, se está fraguando entre nosotros un conato de sedición comunista. Comunismo, Heinrich, así como suena; pero no el comunismo teórico que practicamos todos nosotros y en el cual cada uno aporta su trabajo y sus conocímientos en pro del bienestar de todos, sino comunismo soviético, que es precisamente el polo opuesto de nuestras aspiraciones.

—Siempre me dio mala espina el tener que aceptar a los rusos con nosotros, Frank.

—Era un deber de humanidad que ha tenido un pago que nadie esperaba. Hay un hombre, Vassili se llama, que intenta resucitar los eternos conceptos de capitalismo y burguesía, de opresión y tiranía, con el solo fin de hundir en el fango a los que hoy regimos los destinos de la ciudad porque así fue el deseo de todos, escalar el poder y ejercer esa misma tiranía y la idéntica opresión que según él ejercemos nosotros y que cuando parta de los nuevos dirigentes será natural y justificada.

—Ese hombre está loco, Frank, no cabe duda.

—Por si es o no cierta su locura, dentro de unas horas la habremos cortado de raíz.

* * *

Bajo la potente luz de los focos eléctricos los hombres se hallaban diseminados entre las máquinas, consumiendo sus raciones y escuchando, atentos unos y sorprendidos otros, las palabras de uno de los capataces salientes de turno. Les hablaba de su disconformidad con las deducciones que todos aceptaban como ciertas, de la falacia que encerraba aquel utópico peligro que les amenazaba y de la habilidad con que unos cuantos habían sabido aprovecharse de todo ello para obligar a los demás a trabajar, a rendir un esfuerzo innecesario que sólo redundaba en beneficio de unos pocos que iban engrandeciéndose en su dominio, ensanchando sus posesiones y lucrándose con las obras, los descubrlmientos y los estudios de la población.

Describía la ciudad como una inmensa cárcel en donde se les obligaba a permanecer, como un presidio de cristal en donde vivían hacinados mientras una minoría surcaba el espacio buscando nuevos horizontes en donde ejercer su dominio. Tenía frases hirientes y cortantes para la masa aborregada que acataba las

órdenes de aquellos, que cedía bajo el peso de la ambición de unos pocos, y prometía maravillas futuras cuando todo el saber y todo el trabajo de ahora se esparciese sobre la faz de la Tierra, bajo la caricia del Sol, del aire y de las estrellas. Les hablaba de un nuevo orden, de una distribución distinta de todas las actividades, y pedía la colaboración de sus oyentes para que esparcieran por todos los ámbitos de la ciudad submarina sus palabras, transmitiendo las promesas y beneficios que pronosticaba para el futuro.

Había cierta habilidad en su oratoria que prendía en la atención de los oyentes. No podía negarse que Vassili sabía sacar partido de la aridez de un tema en donde faltaban las condiciones esenciales de otros tiempos. No podía hablar de capitalismo porque el dinero no existía en Oasis ni circulaba entre sus habitantes. Tampoco podía hablar de burguesía porque todos sus pobladores, dentro de la especialidad de cada uno, estaban cortados por el mismo rasero y disertar sobre ello equivaldría a desear que todos fueran millonarios o todos mendigos, o que todos fuesen científicos de valía o todos analfabetos e incultos.

Sólo cuando al fin de su discurso pidió al auditorio que hiciese preguntas o sugerencias, se alzó una voz interpelándole:

—Yo tengo algo que preguntar: ¿Dónde están los explosivos que no se han utilizado en las obras? ¿Por qué se han saboteado las máquinas que utilizáis en vuestro trabajo?

Y en medio de un expectante silencio, Frank se abrió paso entre los hombres, avanzando para enfrentarse con Vassili, que no estaba menos sorprendido que los demás. Durante unos momentos se contemplaron los dos hombres con ademán de desafío y Frank ponderó los músculos poderosos que se adivinaban bajo la tirante piel de los brazos del ruso, la fuerza que encerraba su corpachón alto y robusto y la furia que anidaba en aquella cabeza y aquellas facciones correctas enrojecidas ahora por la ira. Fue el ruso quien rompió el silencio para decir:

—Es usted Frank, el jefe supremo de la ciudad, ¿no es eso? Y ha venido seguramente con las espaldas guardadas por sus hombres porque tuvo miedo de acercarse solo.

—Se equivoca, Vassiii. Soy Frank, en efecto, pero en estos momentos me considero como uno más entre todos. Soy un obrero más de las obras del túnel y como tal visto y he venido. No estoy solo, es cierto; aquellos son mis hombres —señaló hacia las figuras que se habían puesto en pie a sus espaldas—, pero ninguno de ellos intervendrá en nuestro asunto. Ellos y los demás serán tan sólo oyentes y testigos. Usted y yo vamos a enfrentarnos con el arma que

prefiera porque no hay sitio en la ciudad para los dos. Predique con el ejemplo y vea si es capaz de llevar a cabo sus propósitos de eliminarme. Hágalo por sí mismo en lugar de embaucar a los demás con sus discursos y hágalo ahora antes de que me arrepienta de la oportunidad que le doy y le expulse de aquí como una rata asquerosa y cobarde.

Rechinaron los dientes de Vassili al escuchar aquellas palabras y sus ojos fulguraron de rabia mientras unas palabras brotaban como escupidas de sus labios.

—No tendrá ocasión de volver a fanfarronear, Frank. Voy a deshacerlo con los puños.

Y uniendo la acción a sus frases se abalanzó contra su adversario que le aguardaba a pie firme dentro del círculo que los demás abrieran en torno suyo. La embestida de Vassili se tradujo en un fulminante mazazo que se perdió en el vacío gracias a un hábil movimiento de Frank, quien saltó de lado replicando con un directo al estómago del ruso. La desproporción del combate era evidente. Robusto y fuerte, Vassili contrastaba con Frank, delgado y nervioso, que suplía la diferencia de peso con una ligereza y una agilidad extraordinarias. El juego de piernas de Frank comenzó a darle ventaja sobre su adversario que comenzaba a acusar el esfuerzo y jadeaba a causa de su inútil forcejeo en torno a su enemigo, que parecía bailar ante él esquivando la mayoría de los golpes que le dirigía y eludiendo el cuerpo a cuerpo, que era lo que deseaba el ruso.

Ambos presentaban en su rostro las señales de la lucha. Frank tenía medio cerrado el ojo izquierdo y una equimosis sangrienta sombreaba su pómulo como consecuencia de un golpe. Del lóbulo de uno de sus oídos goteaba la sangre que brotaba de una desgarradura, y su respiración era agitada y jadeante. Vassili, como un toro burlado constantemente, tenía partida una ceja y su nariz estaba colorada intensamente como resultado de un directo. Entre las exclamaciones jubilosas del público y las interjecciones de rabia de los contendientes que avanzaban y retrocedían entre las máquinas y los hombres, continuó la pelea y menudearon los golpes. Un feroz puñetazo despidió a Frank hacia atrás, derribándole sobre una perforadora y aturdiéndole momentáneamente con el impacto. Se rehízo a tiempo de distinguir a Vassili que cargaba sobre él con el ímpetu de una locomotora, y con una pálida sonrisa de triunfo se desvió ligeramente haciéndole hueco. La cabeza del ruso se estrelló contra la máquina con sordo fragor y entre sus cabellos brotó la sangre; se alzó tambaleante y

dirigió un puñetazo ciego contra Frank, que detuvo su brazo con el codo izquierdo, mientras su puño diestro subía al encuentro del rostro tumefacto de su adversario, rematando la obra destructora con su impacto.

Se derrumbó Vassili, exánime, y Frank, palpándose cuidadoso las erosiones del rostro, avanzó hasta el centro del círculo para decir con voz entrecortada:

—Ahí tenéis a vuestro cabecilla, el mismo que trató de crear un partido totalmente contrario a los designios de todos. Lo mismo que a él sucederá a cuantos se opongan a la seguridad del conjunto y atenten contra las leyes que nos dirigen. Es ridículo hablar de comunismo soviético a estas alturas, y a todos vosotros, rusos que convivís en Oasis y en la. ciudad submarina, os prevengo y advierto. No olvidéis que lo que Vassili trató de llamar burguesía, opresión y tiranía, es lo que os da de comer y os facilita los medios para subsistir. A nadie intento obligar para que abandone sus proyectos y propósitos. Solamente aconsejo que los ponga en práctica en otro lugar. Vassili os habló del Sol, del aire y de las estrellas. Pues bien; toda la tierra es vuestra, y me refiero a su superficie. Cread allí vuestro partido y vuestra organización o abandonad vuestros propósitos antes de que me vea obligado a expulsaros de la ciudad. Pensadlo bien antes de tomar una determinación.

El estrépito de una locomotora eléctrica llegando por los rieles recién tendidos ahogó las últimas palabras de Frank. Se detuvo el vehículo con brusco chirrido y un hombre saltó de él para acercarse corriendo. Era Jonás «el viejo», jefe e instructor de los pilotos de Oasis, que se acercó a Frank con el temor y la preocupación impresos en su rostro.

—Se ha recibido un mensaje del cohete *Kristian* —anunció en voz alta—. ¡El profesor McAlister anuncia que están siendo atacados por seres desconocidos!

Preso de la natural ansiedad, Frank aún pudo añadir un colofón a sus palabras antes de subir al tren con sus hombres.

—¡Ahí tenéis una confirmación adecuada a los embustes de Vassili! ¡Seres desconocidos están atacando a Hansen y a los suyos!

CAPITULO II

EL ATAQUE

REUNIDOS en el comedor de la aeronave, los tripulantes del *Kristian* escuchaban a su jefe, ponderando interiormente todas y cada una de sus palabras.

—Al igual que todos ustedes —dijo Hansen—, yo deseé también regresar a la Tierra tan pronto como destruimos aquel centro perturbador de nuestras comunicaciones. Indudablemente pudimos hacerlo, ya que nuestra nave respondió a entera satisfacción a las condiciones técnicas y mecánicas exigidas, durante el viaje, pero me atuve primeramente a lo acordado antes de la partida y a los consejos, después, del profesor McAlister, quien me indicó la conveniencia de aguardar.

—En efecto —terció el astrónomo—. Ya les dije en otra ocasión que tanto la Tierra como su satélite alcanzan una posición favorable cada dos semanas o múltiplo de ellas, y juzgué prudente ceñirnos a estos detalles para evitar que cualquier contingencia desagradable pudiese convertir en trágico nuestro viaje de retorno.

—¿Y cree usted que aquí, en la Luna, no habrán de presentarse esas contingencias desagradables, profesor? —apostrofó impetuosamente Ketty Fraser—, ¿Acaso considera esto más seguro que la misma Tierra?

—Desde luego que no, Ketty —se apresuró a responder Hansen —. Ni en la Luna ni en la Tierra existe hoy un punto que pueda llamarse seguro, y hasta estoy por afirmar que tampoco lo hay en todo el espacio sideral ante la presencia invisible de esos seres desconocidos que nos amenazan y acechan.

—Me temo que se ha especulado demasiado acerca de esas condiciones de invisibilidad e ignorancia y bien pudiera acontecer que cuando los conozcamos lleguemos incluso a sufrir una decepción —apuntó jocoso Karl «el rubio».

—Lamento contradecirte, muchacho —remachó Hansen—. Desde luego va a descorrerse la cortina de misterio que envuelve a esos seres y hasta es posible que antes de lo que suponemos. Dentro de poco sabremos cómo son y cómo actúan, contemplaremos sus figuras y averiguaremos de qué armas disponen y cuáles son sus efectos destructivos.

—Pero querido —objetó Cristina Tegel clavando en él sus grandes ojos—. ¿Cómo puedes tener esa seguridad tan absoluta?

—Quizás le hayan enviado algún mensaje —dijo Ketty con risa burlona.

—No; no me han advertido de su llegada… y sin embargo vendrán. Comprendo hasta cierto punto el asombro de todos y voy a tratar de sacudirles con unas breves palabras. Desde hace muchos años a esta parte fuimos unos hombres demasiado ocupados con las cosas de la Tierra y excesivamente entregados a nuestra tarea de recuperación para permitirnos el lujo de alzar los ojos al cielo y contemplar las estrellas. Llegamos hasta la Luna, un planeta desconocido para todos y cúmulo de ilusiones para unos pocos que veían con ello realizado el máximo de sus anhelos; pero nuestro objetivo inmediato borró toda otra idea que no se refiriese a su consecución y ello nos impidió «ver» cómo era el suelo a que habíamos venido por vez primera. Reconozco que después de restablecidas las comunicaciones por radio, gran parte de culpa la tuvo el profesor McAlíster con sus explicaciones…

—Bromea usted sin duda, Hansen —repuso molesto el astrónomo.

—No, profesor. Usted se dejó llevar por el entusiasmo científico que le poseía al hallarse en la Luna, el poder confirmar o refutar antiguas o modernas teorías, y nos mostró a todos este mundo muerto surcado por oscuras gargantas, desgarrado por los surcos tenebrosos de las barrancadas, socavado por antros y grutas de imponderables proporciones, salpicada por siniestros y altos montes de estremecedora visión y sometido a un continuo bombardeo de aerolitos.

—¿Y bien?

—Sus palabras prendieron nuestra atención transportándola en alas de su interés. Sin tiempo para alzar la vista al cielo, como ya dije antes, sentimos todos, yo el primero, un grato placer escuchándole, nos recreamos en las amenas disertaciones que nos hacían conocer la Luna… pero ha sido necesario sacudir el letargo placentero en que estábamos sumidos para volver a la realidad.

—Donosa explicación, Hansen —dijo Festen—. No he comprendido ni una sola palabra,

—Sí, Festeja; hace tiempo que la comprendisteis —insistió «el sueco»—; pero la primera de nuestras victorias resultó tan fácil que nos ha hecho creernos superiores a todos y a todo. Hasta, hace unos momentos, se permitió Karl unas jocosas insinuaciones acerca del

peligro y ello constituye una prueba más en favor de mis palabras. Yo disiento con el profesor McAlister en su afirmación de que en la Luna no existe la vida y lo mismo opináis los demás aunque lo tengáis olvidado. Hay vida en ella y no me refiero a nosotros, sino naturalmente, a los seres que instalaron aquel centro perturbador que les destruimos.

—¡Esos seres no eran de la Luna, Hansen! —barbotó el profesor que gesticulaba como si estuviese escuchando la mayor de las herejías—. Llegaron hasta aquí desde otro lugar, y regresaron…

—Celebro que lo diga, profesor —sonrió el muchacho—. Y, sin embargo, ¿a quién se le ha ocurrido pensar que no hayan de volver, que en estos mismos instantes no se hallen ya en camino, que en breve plazo podamos contemplarlos, atacarles o defendernos de ellos y hasta experimentar los efectos de su poder?

Las palabras de Hansen, sacudiendo a todos quienes las escucharon, hicieron estremecer sus ánimos tornándoles —como él decía— a la realidad del momento. Reconocían súbitamente la verdad encerrada en ellas y se avergonzaban de la despreocupación en que vivieran hasta entonces, originada como acertadamente dijera «el sueco», porla sensación de seguridad y poderío que su primera victoria incruenta les diera sobre los desconocidos enemigos que vinieron a buscar.

Quizás un psicólogo hubiese podido aducir los motivos que influyeron en los subconscientes de una manera colectiva para empujarles a aquella euforia. Tal vez un fisiólogo hallase las causas de aquellos efectos en la atmósfera artificial que respiraban dentro de las escafandras o en el mismo cohete, y tanto el uno como el otro encontrarían atenuantes y excusas que justificaran aquella actitud. Pero un militar, y todos ellos eran en cierto modo soldados de un nuevo ejército, habría clamado por el consejo de guerra y un ser cualquiera… el hombre de la calle, les habría tachado de imbéciles al conocer la situación.

Por eso el estremecimiento colectivo de la tripulación reunida en el comedor del cohete fue como la reacción vergonzosa, como el despertar temeroso y amargo que les lanzaba de nuevo a la existencia difícil y a las horas angustiosas que pretendieron olvidar. Reconociendo en lo más íntimo de sus ánimos la razón que asistía a Hansen, le miraron con la decisión… y quizás con el temor reflejados en sus semblantes. Desde el momento de su llegada hasta entonces —poco más de una semana— se dedicaron a la obtención de muestras de minerales, a su análisis en los laboratorios del *Kristian,* al estudio de los instrumentos de precisión extraídos del

semidestruído centro perturbador y a la exploración sistemática de los alrededores. Hubo también la natural vigilancia y en ningún momento dejaron de mantenerse alertas…; pero ahora les parecían estúpidas sus precauciones y hasta sentían una secreta irritación contra Hansen que se retrasara en advertirles.

—Usted es el jefe, muchacho —dijo el profesor McAlister resumiendo con sus palabras el pensamiento de todos—. Nos ha expuesto los riesgos producidos por nuestra imprevisión; denos ahora el remedio más eficaz para combatirlos.

—Lo intentaré, se lo aseguro —repuso Hansen—. De momento no tengo otro plan que esperarles y resolver sobre la marcha las dificultades que se presenten. «Ellos» vendrán para averiguar lo que ha sucedido a sus instrumentos que no funcionan; quizás lo saben ya y conocen nuestra presencia en la Luna, o tal vez ignoran lo sucedido. De todos modos hay una cosa cierta y es que vendrán, y cuando esa ocasión llegue… nos encontrarán aquí.

—¿Pretende insinuar que haremos de conejos de indias, Hansen? —casi gritó Ketty Fraser irguiéndose en su asiento—. ¿Y qué probabilidades tenemos de sobrevivir?

—Puede que muchas o tal vez ninguna —respondió serenamente Hansen—. Pero si sucediera lo peor habríamos contribuido con nuestra muerte a la salvación de muchos de nuestros hermanos que, allá en la Tierra, conocerían algo esencial de un enemigo cuyo poder ignoran.

—Sus ideas son demasiado filantrópicas, Hansen —chilló Ketty —; pero yo no me siento capaz de erigirme en benefactora de la Humanidad a cambio de mi propia vida.

—¡Cállate, Ketty! —ordenó Karl, asiéndola del brazo para obligarla a sentarse.

—Déjala, Karl —murmuró Hansen—. Tiene derecho a exponer su opinión, del mismo modo que lo tenéis todos.

—¡Naturalmente que tengo derecho! —rugió la muchacha, excitada—. Y en virtud de él ¡exijo que inmediatamente se emprenda el regreso a la Tierra! Aquí puede quedarse el señor Hansen y quienes como él deseen ser víctimas del experimento.

—¡Ya basta, Ketty! —exclamó Karl, su prometido—. ¡Calla y no hagas que me avergüence de tu cobardía!

—Es excusable la vehemencia de Ketty, muchacho —dijo el profesor McAlister, terciando como mediador—. Yo mismo, con veinte años menos sobre mis espaldas, habría opinado como ella; pero a mi edad… ¡Yo soy uno de los que se quedan, Hansen! —

anunció.

Cristina Tegel se había apretado contra Hansen mirándole a los ojos con expresión de confianza.

Yo estaré donde estés tú, querido —dijo con sencillez.

—Gracias, Cristina; gracias, profesor. Someteré a votación mi proyecto porque no pretendo obligar a nadie para que secunde mis ideas. Pero de antemano les advierto que tanto da morir aquí como en la Tierra y que es estúpido retardar un final que nuestro regreso convertiría en inevitable. Esa espera encierra más agonía y desesperación, que la muerte rápida recibida con valor frente al enemigo. Vamos a votar; en sus manos lo dejo todo.

* * *

Kurt Engle elevó tras las rocas cenizosas la cúpula transparente de su escafandra de presión, dando una nueva ojeada al cráter en donde estaba ubicado el centro perturbador que destruyeran semanas atrás. Cumpliendo su misión de centinela sentía excitados sus nervios por la espera angustiosa a que todos estaban sometidos desde cinco días antes, después de una votación favorable a su permanencia en la Luna con los únicos votos en contra de Ketty Fraser y dos mecánicos.

No les quedaba otra tarea que aguardar y vigilar, protegiendo los dispositivos instalados para garantizar un éxito, aunque todos pereciesen. Fue voluntad de Hansen no transmitir a la Tierra nada de lo acordado, aunque sí acelerar en lo posible los medios defensivos que Frank y los suyos estaban preparando. Llegado el momento, la red de emisoras automáticas establecidas desde el centro perturbador y sus alrededores hasta el cohete, recogerían las observaciones de todos aquellos que pudiesen contemplar al enemigo y las retransmitirían al *Kristian,* convertido en cuartel general, para ser grabadas en cinta magnetofónica. Con ello tendrían una información de lo que les interesaba, a la que añadirían descripciones de armas y sus efectos destructivos, vestimentas e instrumentos e indicaciones acerca de cómo acusaban «ellos» los impactos de las armas propias. Si todos perecían, se había instalado en el *Kristian* un mecanismo de puesta en marcha automática que lo haría despegar sin tripulación al conjuro de una palabra clave proferida ante cualquiera de los transmisores individuales de sus escafandras. Con él se iría el relato de lo ocurrido en la Luna y el propio cohete transmitiría instrucciones a la Tierra de forma que desde ella se pudiese controlar su aterrizaje.

La semiesfera metálica que se alzaba en el fondo del cráter había sido minada y podía volarse desde cualquiera de los cinco conmutadores eléctricos conectados con la carga y ocultos en otras tantas barrancadas próximas en donde se refugiaban los centinelas para prevenirse de los impactos del polvo cósmico y los diminutos aerolitos. Hansen había aprovechado al máximo los hombres de su tripulación, organizando patrullas móviles provistas de reactores individuales. y enlazadas todas por medio de la radio. Todas se movían dentro de un círculo de doscientos kilómetros de radio en torno al *Kristian,* y todas vigilaban el cielo negro que se extendía sobre ellos tratando de descubrir la presencia de los que aguardaban.

En esta espera, angustiosa y excitante, llevaban cinco días. Perdidos en las inmensidades del paisaje lunar, aquellos veinte hombres tornaban sus ojos hacia el globo terráqueo que les lanzaba su reflejo azulino y consideraban con amargura las probabilidades que tenían de tornar a él, de salir con vida y de asegurarse una existencia tranquila y feliz. Luego volvían a elevar la vista al firmamento negro, y a la par que redoblaban su vigilancia musitaban una plegaria que momentáneamente les reconfortaba. Faltaban sólo tres días para que una ocasión favorable se presentase para el viaje de regreso y de no suceder nada hasta entonces habrían de aguardar otros interminables catorce días de tensión nerviosa.

En ello estaba pensando Kurt Engle mientras observaba el fondo del cráter y experimentó una fuerte sacudida en su ser al percibir las vibraciones de los auriculares de su escafandra.

—Patrulla número ocho a *Kristian* —llamaban. —Estamos en el límite de la zona asignada y podemos percibir algo extraño más allá de la frontera de la noche.

Engle brincó de excitación. Los que hablaban eran dos hombres que vigilaban las proximidades de la zona divisoria entre la luz y la oscuridad[2] y habían hallado, seguramente, el primer indicio alarmante.

—Atienda, patrulla ocho —respondieron desde el cohete—. Trate de averiguar de qué se trata, pero no se arriesguen demasiado. ¡Atención todas las patrullas! —añadieron después—. Ya han escuchado a la patrulla ocho; manténganse alerta y no descuiden la vigilancia. Adviertan cuanto suceda porque *Kristian* va a ser abandonado y puesto en disposición de partir automáticamente. Suerte a todos.

—La vamos a necesitar —murmuró Engle escuchando las

instrucciones de Hansen.

—¡Atención, Hansen! —llamaron de nuevo—. Se ve un resplandor que se mueve, avanzando hacia nosotros. Parece que se acerca despacio. Hemos subido hasta el borde de un cráter más alto y dominamos desde aquí la zona oscura… ¡Ahora los vemos mejor! Son tres puntos luminosos… de una coloración rojiza… ¡Cielos, Hansen! ¿Hay alguna patrulla más allá de nosotros?

—Ustedes son los más adelantados —respondieron al punto—. Continúen.

—Son tres hombres, Hansen… Tres hombres como nosotros que han penetrado en la zona de penumbra…

Desde los distintos puntos de vigilancia todos estaban escuchando aquella voz que caldeaba sus ánimos haciéndoles hervir en una fiebre desconocida de lucha, en un odio repentino hacia «aquéllos» contra los cuales estaban obligados a defenderse y que no les darían cuartel si eran vencidos.

—Ahora les vemos en la pantalla de radar —continuó Hansen desde su puesto de mando— Dan una coloración rosa en contraposición a los puntos amarillos que señalan la posición de cada uno de los nuestros.

—Es la luz que llevan sobre la escafandra. Ahora los cazo con mis prismáticos…

—Ocúltense, muchachos —aconsejó Hansen—. Llevan su dirección y ahora que ya podemos controlarlos por radar seguiremos sus movimientos en todo instante. Diga cómo son, qué aspecto tienen; recuerde que el *Kristian* está grabando sus observaciones con destino a la Tierra.

—Desde luego tienen piernas como nosotros… y brazos… La luz que llevan sobre la esfera del casco me impide contemplar sus facciones… Es una luz deslumbrante… muy roja… muy potente. Se apoyan en una especie de bastones…

En la gruta donde estaba instalado el puesto central, Hansen, Engle, el coronel Forster y el profesor McAlister, atendían a las informaciones dadas por la patrulla que a la vez eran escuchadas por todos los miembros de la tripulación esparcidos por la zona de vigilancia. Cristina Tegel y Ketty Fraser, un poco más alejadas de ellos, tenían a su cargo los instrumentos de precisión para marcar las posiciones de cada uno de ellos, Se había montado allí una potente emisora de radio y un equipo de radar electrónico, cuya antena volteaba en el espacio saliendo al exterior por una hendidura practicada en el techo rocoso de la caverna. Con los

nervios en tensión continuaron escuchando la información de la patrulla que llegaba hasta ellos a través de la radio.

—¿Me oye, Hansen? Los tenemos ahora a unos dos kilómetros de distancia... Se detienen y giran sobre sí mismos como buscando algo... Exploran el terreno... ¡Nos han visto, Hansen! ¡Nos han visto y uno de ellos levanta su bastón dirigiéndolo hacia nosotros! ¡Les veo bien!... ¡Un...

A través de los auriculares y los altavoces de la radio se escuchó como un trallazo seco y en la pantalla del radar se apagaron los dos puntos amarillos que señalaban la posición de la patrulla.

—¡Responda, patrulla ocho! ¡Oiganme... Conteste, patrulla!

—Oiga, puesto de mando —dijo una voz temblorosa—. Aquí patrulla cinco. Se distingue un halo rojizo en el lugar desde donde hablaron los nuestros. ¿Acaso... acaso han... perecido?

—Así me lo temo —contestó Hansen—. Los dos hombres de la patrulla ocho son nuestras primeras bajas. Dígame si distinguen algo más.

Hubo un momento de silencio, roto al fin por la voz de Hansen al ordenar:

—Comunique con la Tierra, profesor McAlister; dígales lo que ocurre.

Acercándose a las aterradas muchachas, el viejo astrónomo dijo ante el altavoz después de establecido el contacto:

—*Kristian* llamando a Oasis. Atención, Oasis, estamos siendo atacados por seres desconocidos. Repito: Nos atacan seres desconocidos y trataremos de hacerles frente en la medida de nuestras fuerzas...

Durante unos instantes se multiplicaron en la gruta los ecos de las conversaciones. Auriculares y micrófonos vibraban recibiendo y transmitiendo datos y observaciones, y por último fue tan sólo una voz la que se adueñó de los sonidos.

—Patrulla nueve a puesto de mando. Los vemos, están frente a nosotros, a unos cinco kilómetros de distancia.

—Ocúltense, ¡rápido! —ordenó Hansen—. No deseo perder más hombres.

Consultada la pantalla de radar se vio claramente la dirección que seguían aquellos tres seres; se aproximaban sistemáticamente al cráter en donde estaba el centro perturbador.

—Vamos allá. —dijo Hansen—. Usted, profesor, permanezca

aquí con las mujeres. Ya saben lo que han de hacer con el *Kristian* en caso de que esos hombres lleguen a menos de cincuenta kilómetros de él.

Cristina Tegel corrió a refugiarse en sus brazos y a través del transparente casco se vieron las lágrimas surcando sus mejillas.

—¡No quiero que vayas, Hansen! ¡No lo permitiré! —sollozó.

—Vamos, vamos, Cristina —repuso animoso el muchacho—. Soy el jefe de la expedición y he de dar ejemplo. Estoy tan asustado y confuso como los demás, pero no podré sobreponerme si te veo acobardada. Has de continuar siendo la mujercita valiente que conocí y de quien me enamoré locamente, y aunque estos cascos nos impiden ahora darnos un beso de despedida, me conformaré con verte sonreír. Animo, Cristina; no está todo perdido aún.

Sonrió la muchacha en medio de sus lágrimas y Hansen golpeó ligeramente el casco que encerraba su cabeza, de la misma forma que sin él hubiese acariciado sus mejillas. Luego giró bruscamente y abandonó la cueva seguido de Festen y el coronel Forster.

—¡Señor Hansen!

Ketty Fraser avanzó hacia él tendiéndole la mano con sonrisa animosa.

—Estoy con usted y le deseo suerte. Perdone mis palabras en aquella ocasión. Fui una estúpida y así debí comprenderlo entonces.

—Gracias, Ketty. Consuele a Cristina usted que tiene ahora más valor que ninguno de nosotros. Y no olvide la vigilancia... —terminó al tiempo de alejarse.

Con sus dos acompañantes se deslizó velozmente sobre la superficie lunar haciendo uso de sus reactores individuales, y en su viaje fueron acompañados por las voces de la radio que no dejaba de transmitir.

—Visten unos trajes ajustados y al cinto llevan una especie de caja, alargada y plana, al parecer metálica... La luz rojiza de sus cascos está colocada por encima de la frente, al lado de la varilla flexible de una antena. Sus movimientos al andar son idénticos a los nuestros y su apariencia es también humana... Quizás un poco más altos... Ahora puedo ver los bastones en que se apoyan... ¡Son sus armas, Hansen! Están pasando a un kilómetro por mi izquierda y con los prismáticos parece que los tenga encima. Se trata de unos bastones plateados, de casi un metro de longitud, rematados por una esfera sobre la cual se apoya la mano... ¡Una mano humana, con dedos! El bastón descansa en el suelo terminando en una caja rectangular. ¡Los tengo cubiertos con mi fusil atómico, Hansen!

¿Abro el fuego?

—¡No, muchacho! —repuso el sueco—. No dispare y trate de ocultarse lo mejor posible. ¡Que no le vean!

—Han vuelto a detenerse. El más adelantado se vuelve hacia sus acompañantes. La luz de su casco parpadea… brilla ahora con más fuerza… ¡Se despliegan en línea, separados por unos veinte metros! Vuelven a caminar y se alejan de mí… Los pierdo de vista en una barrancada…

Casi al mismo tiempo tornaba a establecerse el contacto por medio de los hombres de otra patrulla que los cazaba en su límite visual y transmitían sus informaciones. Hansen y los suyos aceleraban los reactores tratando de llegar lo más pronto posible al cráter y esperaban hacerlo antes que aquellos hombres que, indudablemente, se dirigían también allí. Salvada la distancia, cortaron la energía de los motores y rastrearon cautelosos hasta encontrar a Kurt Engle en su puesto de centinela.

—Celebro verles conmigo —les saludó—. Jamás sentí tanto miedo como ahora.

—Nos confortaremos mutuamente, Engle —dijo Festen.

—Atención a todas las patrullas —estaba advirtiendo Hansen— Interrumpan las comunicaciones salvo en caso de suprema necesidad. Ahora ya sabemos adonde se dirigen esos seres. Ocúltense bien y que nadie dispare mientras no reciba órdenes.

Cuarenta minutos después percibían a simple vista el resplandor rojizo que se iba aproximando con decisión. Avanzaban en línea, corno advirtieran los últimos observadores y se detenían con frecuencia como si olfateasen algo anormal.

—Parece que nos huelan —musitó el coronel Forster enfocando hacia ellos los prismáticos.

—Saben que no están solos —repuso Festen— y buscan a los compañeros de aquellos a quienes destruyeron.

Desde el observatorio que dominaba el cráter, les vieron descender por la vertiente. Grandes piedras se desprendían y rodaban hacia el fondo sin que el más leve ruido se despertara con su caída. Un polvo grisáceo se alzaba a su paso flotando en el aire y envolviendo a los extraños seres que tanteaban él terreno con sus bastones metálicos. Se detuvieron nuevamente ante la casamata construida en el cráter y las luces rojas centellearon corno transmitiendo un mensaje de morse. Dos se adelantaron hacia la construcción y el tercero alzó rápidamente la cabeza mirando hacia donde Hansen y los suyos estaban ocultos.

Hubo un momento de tensión angustiosa en el que todos creyeron verse, descubiertos, pero un suspiro de alivio se escapó de sus pechos al distinguir cómo el hombre retrocedía por el mismo camino que llevara, alcanzaba la corona del cráter y se sentaba sobre una roca en actitud de vigilar. Sus dos compañeros extrajeron de la cintura unas cajitas plateadas que brillaban intensamente, y dirigiéndolas contra el suelo comenzaron a lanzar una serie de rayos amarillos que desaparecían entre las grietas del fondo.

—Están reconociendo el terreno antes de entrar. Son precavidos —gruñó Forster.

—Y descubrirán a este paso los explosivos —adujo Hansen—. Hemos de atacarles antes de que esto ocurra. Venga conmigo Festen, y usted también, Engle. El coronel permanecerá aquí para hacer saltar la casamata cuando yo lo indique.

Ocultándose tras las fisuras de las rocas y aprovechando al máximo todas las grietas, los tres hombres se arrastraron hasta el solitario centinela que se había levantado y paseaba arriba y abajo de su puesto. En el fondo del cráter continuaban los sondeos de la pareja, rodeando toda la construcción antes de penetrar en ella, y Hansen creyó llegado el momento de actuar. Fue en el instante en que el guardián miraba hacia el fondo del cráter cuando el sueco ordenó por radio:

—¡Ahora, coronel!

Una luz cegadora se alzó de la excavación y se cuarteó la tierra[3] sin que ningún sonido denotase la explosión. Una espesa nube de polvo se añadió al humo y las rocas, el metal y las dos figuras desconocidas semejaron fundirse en la nada.

La atención del único superviviente pareció centrada en lo que estaba contemplando, y entonces saltaron sobre él los tres hombres siguiendo un plan premeditado. Festen agarró con fuerza el bastón arrancándolo de su mano, y Hansen y Engle se derrumbaron sobre su espalda precipitándolo de bruces en el polvo, agarrotándolo con sus manos, oprimiéndole con su peso, débil si se quiere en un mundo privado de atmósfera, pero suficiente para impedirle cualquier movimiento. Se apagó la luz roja con el choque y a través de sus cuerpos percibieron el crujido de la escafandra de su adversario que se debatía débilmente. Un cable eléctrico se habilitó como cuerda para amarrarle a la espalda las manos y después de despojarle de cuantos aparatos llevaba al cinto y sobre el dorso, le hicieron levantar.

Pudieron contemplarle entonces a su sabor. Era un ser de

apariencia humana, de elevada estatura y complexión robusta. Sus manos terminaban en un guantelete metálico con cinco dedos articulados. Vestía una. escafandra bastante parecida a la de ellos mismos, compuesta por un traje ajustado compuesto por escamas metálicas y un casco transparente que soportaba una antena corta y flexible y un foco semejante al de los mineros. Su rostro era lo más interesante; bajo los arcos de las pobladas e hirsutas cejas se abrían dos ranuras estiradas en cuyo interior brotaban mortecinas las pupilas. Carecía de nariz, al menos bajo la forma que los hombres de la Tierra la conocían, y sus fundones parecían reemplazadas por tres agujerillos que se abrían sobre el labio superior. Un vello rojizo cubría su piel extraordinariamente blanca, se extendía por las mejillas y rodeaba su boca dentada para unirse por debajo de la barbilla redonda y abultada y perdiéndose por la unión del casco y el traje. A ambos lados de la cabeza, en el lugar de los oídos, tenía otras tantas ranuras verticales provistas de una membrana protectora hasta la cual llegaban los mechones de un cabello rojizo y ralo.

Le examinaron con atención y curiosidad hasta que Engle murmuró:

—¿Por qué no nos vamos de aquí? Puede llegar otra patrulla de sus amigos y acabar con nosotros.

—Será lo mejor —repuso Hansen—. Al, cuerno las ocasiones favorables para el regreso a la Tierra. Partiremos inmediatamente con nuestro prisionero a bordo del Kr*istian.*

Y mientras empujaban al cautivo hacia el lugar en donde les aguardaba el coronel Forster, Festen transmitió por radio los resultados del combate, regocijándose con las exclamaciones de alegría que le contestaban y añadiendo instrucciones para que todas las patrullas se retiraran hacia el cohete.

—Diga al puesto de mando que le indique los más cercanos al lugar en donde desaparecieron los nuestras —pidió Hansen—. Que se acerquen allí y vean lo que ocurrió.

Fue más adelante cuando Hansen se dio cuenta de que algo le ocurría al prisionero.

—Creo que este hombre está ciego —exclamó—. O mucho me equivoco o esa luz roja que ahora está apagada les es tan necesaria como las gafas gruesas a un miope.

—¿Cree usted, Hansen? —preguntó el coronel Forster.

—Es tan sólo una suposición que en la Tierra se encargarán de confirmar o rebatir.

—Y ahora, ¿no está siendo usted impresionado de nuevo —exclamó el coronel—. ¿No se le ha ocurrido pensar cómo llegaron hasta la Luna estos seres?

—Desde luego que sí, coronel. En algún punto de la zona oscura de la Luna está su vehículo aéreo, pero las ondas del radar, como usted sabe, no se propagan en la oscuridad y perderíamos un tiempo precioso buscándole, además que tampoco sabemos si en él quedaron más tripulantes o sólo llegaron estos tres. Dejemos en paz a ese vehículo, coronel. Volvamos a la Tierra y estudiemos nuestros descubrimientos. Demasiadas ocasiones habrá de averiguar cómo se desplazan estos hombres *por* el espacio y qué técnica dominan. Creo que hemos ganado una batalla más importante de lo que parece a primera vista.

La última impresión la recibieron con el informe de aquellos que salieron a buscar a sus compañeros:

—No encontramos nada en principio y sólo después, al descubrir unos rastros de polvo blanco revuelto entre las rocas comprendimos cual había sido el final de la patrulla número ocho. Sencillamente, desintegrados.

CAPITULO III

LA PRIMERA VICTORIA

UN piloto automático conducía al *Kristian* en su viaje de regreso. El corrector automático de rumbos enmendaba la más pequeña desviación de su trayectoria y la calculadora electrónica daba sus indicaciones a los instrumentos haciendo innecesaria la presencia de los hombres en la cabina de mando y en el puesto de control, Surcaban el espacio con destino a la Tierra y se hallaban en sus primeras veinticuatro horas de recorrido, enfrascados en discusiones y conjeturas motivadas todas por el prisionero que llevaban a bordo, sólidamente esposado y recluido en uno de los compartimientos estancos del piso bajo, junto al túnel de salida de la aeronave.

Los tripulantes se hallaban en el comedor, como de costumbre, utilizando la espaciosa sala para sus conferencias. Para ninguno se ocultaba el terrible peligro que por momentos se acrecentaba y todos sospesaban mentalmente el plazo de tiempo de que dispondrían para hacerle frente, dado que la invasión de la Tierra se perfilaba claramente. Allá en la Luna dejaban un vehículo aéreo cuya búsqueda hubiera resultado improbable y tal vez infructuosa, y aunque en los primeros momentos todos se hallaran conformes con la idea de partir en busca de ios suyos, ahora se recriminaban interiormente por no haber aguardado los dos días que restaban hasta la ocasión favorable, empleándolos en sus pesquisas en la zona oscura del satélite.

—Sería para nosotros un dato inapreciable, Hansen —decía el coronel Forster—. Nuestras fuerzas aéreas tendrían una referencia sobre el enemigo.

—¿Nuestras fuerzas aéreas, coronel? ¿Se refiere a las de Oasis?

—Me refiero a las de Ontario, las de Oasis y las de todo el mundo, si es que existe algún otro lugar en la Tierra que cuente con ellas. Aquí terminan todas las diferencias que pudieran quedar entre nosotros; el peligro común nos uno, y desde este momento puedo garantizarle el apoyo del ejército, de la aviación y de la incipiente marina de Ontario puestos al servicio de la defensa del mundo.

Por radio y televisión se estaban transmitiendo a los hombres que aguardaban su regreso todas las indicaciones conseguidas

acerca del prisionero. En la Tierra se conocía su imagen a través de la pantalla, y por radio también llegaban al cohete las instrucciones más convenientes para estudiar de cerca las reacciones del cautivo, de quien hasta ahora sólo obtuvieran un terco silencio acompañado de coléricas miradas.

Precisamente entonces, el mecánico de guardia en la sala de control dejó oír su voz a través del circuito perífónico del cohete.

—Señor Hansen, a sala de control. El general Kingston, de Ontario, le llama por radiotelevisión.

—¡Se lo dije, Hansen! —repuso Forster alborozado.

—Todavía no sabemos de qué se trata, coronel —dijo el sueco sonriendo.

Con el coronel y Cristina Tegel alcanzó la sala y manejó los conmutadores hasta captar con claridad la imagen de Kingston es la pantalla.

—Atienda, Hansen —habló aquél—. De sobra sabe la situación por que atravesamos. Hemos firmado un tratado de defensa mutua con Oasis...

—¿Hay tiempo todavía para los tratados, general? —inquirió burlón el muchacho.

—No me interrumpa. La población de Oasis ha sido movilizada y encuadrada en secciones militares bajo el mando directo de Frank Ulbritch. Un estado mayor conjunto está preparando planes de defensa y dos de nuestros submarinos atómicos se dirigen hacia Oasis para establecer un puente de comunicaciones para el caso de que fallara nuevamente la radio.

—Tengan por seguro que fallará, general. Lo que me extraña es que aún se pueda comunicar.

—Bien, muchacho. Aprovechemos el tiempo que nos queda investigando todo lo posible acerca de ese prisionero que ustedes llevan. Tengo junto a mí un grupo de científicos que tratarán de averiguar sus características y deducir unas consecuencias. Le tallarán y medirán desde aquí siempre que usted lo coloque a una distancia prefijada de la pantalla. Coloque también sus armas en la pantalla auxiliar y vaya diciendo todo cuanto sabe acerca de ellas y de su manejo.

—Así lo haré, general, pero recuerde que todavía estaremos por lo menos seis días más en el espacio y que habrá de trabajar deprisa sobre la imagen del prisionero antes de contemplarlo en persona. Dígame ahora: ¿Qué planes se han trazado para la defensa? ¿Qué podemos hacer nosotros desde aquí para contribuir a ellos?

—De momento nada en absoluto salvo unirse a nosotros en la vigilancia del espacio. Están terminadas nuestras dos ciudades submarinas y ahora se termina de instalar en torno a ellas la red de aparatos ultrasónicos que han de protegerlas. En ellos, por ahora, basamos nuestras esperanzas. Los ultrasonidos detendrán, al menos teóricamente, los proyectiles dirigidos, haciéndolos estallar a una altura tal que sus efectos resulten inofensivos para nosotros. Tropas adiestradas aguardan a su infantería; tenemos un grupo escogido provisto de armadura de cristal y contamos también con artillería atómica construida igualmente de vidrio. Tenga en cuenta que nosotros nos organizamos militarmente desde un principio mientras ustedes parecían olvidarse del ejército —terminó— y por ello no es de extrañar que nos hallemos quizás mejor preparados para el combate.

—Todavía no se ha dicho la última palabra, general —contestó Hansen, molesto por la reprensión que encerraban aquellas palabras —, ni nadie ha visto aun lo que se guarda en Oasis, pero lanzados a la lucha contra el enemigo común no seremos nosotros los que se queden atrás, se lo aseguro.

—No discutamos ahora, Hansen —dijo el general dulcificando su rostro—. Pensemos desde el lado práctico y vayamos al grano. ¡Ah! Como le confirmará el propio Frank Ulbritch, ha sido nombrado usted coronel de aviación; su puesto de mando será precisamente el cohete *Kristian* y estará a las órdenes del estado mayor conjunto.

Habló después con el coronel Forster transmitiéndole instrucciones y dejó paso después a la imagen de Frank quien, desde Oasis, habló en términos parecidos a los suyos, confirmando el nombramiento y dando cuenta de los pormenores más importantes de la ciudad submarina.

—Todos aguardan su regreso, Hansen, y todos están deseando conocer a ese cautivo que nos trae. Le felicito por su éxito, muchacho, y creo que su nombramiento será la mejor recompensa. Desde ahora es usted el jefe militar de quienes van con usted, formando parte de las fuerzas aéreas.

—Gracias, Frank, aunque no hacía falta ninguna recompensa. Lo verdaderamente necesario es un millar o dos de cohetes como éste; entonces sí que podríamos hablar de planes defensivos contra la invasión.

Durante dos días más continuaron las entrevistas, las conversaciones y las solicitudes de datos. Más tarde, y cuando según los relojes de a bordo eran las once de la noche en la Tierra, el

profesor McAlister llamó a Hansen por teléfono.

—Venga cuanto antes al observatorio, muchacho. Creo que he encontrado algo.

A solas los dos en la cúpula acristalada, con el telescopio electrónico apuntado en una determinada dirección, el astrónomo invitó:

—Eche una ojeada y deme su parecer.

Se inclinó Hansen sobre el retículo graduado que aumentaba quinientos millones de veces las imágenes captadas por el telescopio y repuso:

—Veo una agrupación de puntos luminosos, aparentemente fijos en el espacio. ¿Es a esto a lo que se refiere?

—En efecto, Hansen. Y quizás comprenda mi inquietud cuando le diga que según las tablas astronómicas y los cálculos efectuados, esos puntos luminosos están a una distancia de 83. 000 kilómetros de nosotros... «y que según puedo afirmar sin lugar a error, en ese punto no existe ningún cuerpo celeste».

—¿Se da cuenta de lo que dice, profesor?

—Sí, Hansen. El convertidor de imágenes del telescopio no actúa a su máximo aumento pues dada la distancia de ellos a nosotros la visión del conjunto no sería posible. Pero ahora los verá tal cual son en realidad, muchacho; ha contemplado unos puntos de tamaño aproximado al de la Luna vista desde la Tierra... Fíjese ahora...

Una exclamación de asombro y temor brotó de los labios de Hansen al inclinarse de nuevo sobre el visor del telescopio, El aumento se producía al máximo y era factible divisar una sección detallada de uno sólo de aquellos cuerpos celestes... en el que se advertía una serie de ventanas circulares simétricamente colocadas sobre su superficie. La voz de McAIister continuó dando sus indicaciones:

—Son treinta esferas, Hansen, y desde que las descubrí hace una hora escasa, el *Krisiian* no ha podido sacarles un kilómetro de ventaja. Su distancia a nosotros es siempre la misma y por lo visto no les importa que descubramos su presencia. Nos están siguiendo, nos ven indudablernente, hasta puede que sin aparatos de óptica, y forman parte de la avanzada de la invasión.

—¡Hay que comunicar con la Tierra, profesor! ¡Los acontecimientos se precipitan!

Un urgente mensaje cruzó las ondas pese a que todos desesperaban de recibir respuesta. La alarma fue dada y la

tripulación ocupó sus puestos de combate con los nervios en tensión y el ánimo resuelto.

—¿Qué ocurrirá, Hansen? —preguntó Cristina, llegada hasta él como en busca de protección.

—No lo sé, querida —repuso sombrío—. Lo único cierto es que no caeremos sin lucha.

—¡Contestan de la Tierra, Hansen! —anunció Kurt Engle.

Agrupados ante el transmisor percibieron las palabras del general Kingston, alteradas y trémulas al ordenar:

—Trate de ganar tiempo, Hansen. No regrese a la Tierra y cambien de rumbo. Tenemos localizado al enemigo con nuestros telescopios y si lo que les interesa es el cohete alterarán también él suyo. Ofrezca resistencia si se le acercan, entable combate... Todo es preferible antes de que la invasión se produzca demasiado pronto.

Frank Ulbritch dijo algo parecido añadiendo además:

—Llegue hasta el sacrificio si es necesario, Hansen. Todos nosotros dependemos en cierto modo de ustedes.

Establecida la comunicación telefónica con todas las dependencias del cohete, Hansen transmitió las Órdenes recibidas y agregó las suyas propias:

—Ya oyeron el mensaje de la Tierra. Vamos a luchar contra un enemigo desconocido del que no sabemos ni sus armas ni su poder. Lo único cierto es que nos vienen siguiendo con sus vehículos aéreos, que constituyen la vanguardia de otros grupos más numerosos y que en nuestras manos, en nuestra decisión y nuestro arrojo está la suerte de los hermanos que en la Tierra se aprestan' para la defensa. Vamos a luchar y quizás seremos destruidos en la batalla. Me encuentro en una posición desagradable al tener que obedecer las órdenes recibidas y los minutos son preciosos para desperdiciarlos en una votación, único recurso para conocer las opiniones de cada uno. No tengo derecho a disponer de sus vidas, pero tampoco hay un lugar en donde podamos hallar paz. Decidid pronto y contemplar mientras al enemigo que nos acecha.

Un extraño fenómeno obró sobre los ánimos de todos los tripulantes, bien como reflejo de las palabras de su jefe o tal vez como consecuencia de la presencia del enemigo. Súbitamente se encendió en ellos un odio mortal hacia aquellos seres que venían a turbar su vida, a destruirla llevados de motivos que para los terrestres carecían de consistencia. Una terrible ira anidó en sus pechos traduciéndose en una fiebre exaltada de combate, y una a una fueron llegando hasta Hansen las respuestas afirmativas.

—Sala de control lista para cambiar el rumbo —dijo Festen con tono resuelto.

—Proyectiles dirigidos en sus tubos de lanzamiento, dispuestos para salir —anunció Fosster.

—Control de reactores dispuesto —habló Cristina Tegel con extraña serenidad que contrastaba con su anterior miedo.

Ketty Fraser, Karl, Engle, el profesor McAlister y el resto de los hombres que se descomponía entre artilleros, mecánicos, radio-operadores y técnicos opinó lo mismo. Y Hansen, emocionado, se dirigió a su tripulación con unas palabras solemnes:

—¡Con la ayuda de Dios! ¡Cambien el rumbo! ¡Declinación: noventa grados!

Se escuchó, el zumbido de los motores eléctricos que actuaban sobre el volante transversal de la aeronave y que bajo la dirección de Festen hacía girar al *Kristian* en ángulo recto sobre el sentido de su marcha. Casi inmediatamente percibieron la vibración de las planchas del cohete al actuar los reactores atómicos hasta entonces parados, puestos en movimiento por la mano de Cristina que conectó el conmutador. Hansen trepaba ya por la escalerilla que conducía a la cabina de pilotaje y a punto de desaparecer por la escotilla tuvo una sonrisa animosa para su prometida que le contemplaba con ademán resuelto. Ocupó su asiento y enchufó en el salpicadero las clavijas de sus auriculares, poniéndose en contacto con todas las dependencias de la aeronave. Por ellos recibió la voz del profesor McAlister que gritaba:

—¡Atención, Hansen! Han cambiado también de rumbo y siguen una ruta paralela a la nuestra. Se mantiene la misma distancia.

—Veamos qué velocidad dan sus cacharros —murmuró el sueco.

—Oiga, control —llamó—. Velocidad progresiva en los reactores hasta llegar al límite.

Paulatinamente fue aumentando la marcha del *Kristian* y la voz de Kurt Engle cantando las indicaciones del cuentavelocidades se repitió a íntervalos regulares, con cierto dejo de asombro en ella, como si no creyera lo que veía.

—Velocidad: 41. 000 metros por segundo —dijo al fin.

—Aguante así, control —ordenó Hansen—. No interesa aumentarla más.

A aquella velocidad estaban libres de la atracción solar, único astro que por su masa podía dejar sentir sus efectos sobre la

aeronave. Surcaban el espacio llevando a su derecha el cortejo uniforme de aquellas esferas luminosas para quienes no constituyó ningún esfuerzo igualarles en potencia, y pasados unos segundos Hansen ordenó de nuevo:

—Cambio de rumbo; declinación: cuarenta y cinco grados a estribor.

Un estremecimiento colectivo recorría a través de todos los tripulantes. Con aquella maniobra alcanzaban un rumbo convergente con el de sus seguidores, y dada la distancia y las velocidades respectivas alcanzarían el punto de colisión en breves instantes. Una nueva orden de Hansen sirvió para aumentar la excitación que todos sentían:

—Atención, tubos lanzacohetes: listos para hacer fuego. Atención, control: calcule trayectoria del cohete de pruebas. Atentos también para cambiar el rumbo nuevamente.

Las indicaciones le llegaron casi al instante, procedentes de la calculadora electrónica y Hansen pudo ordenar:

—Cohete «A»: ¡Fuego! Nuevo rumbo: declinación de noventa grados a babor.

El viejo McAlister desde el observatorio, fue el único que presenció el viaje del proyectil dirigido hacia las esferas del enemigo y quien pudo contemplar la vivísima luz roja que denunció su explosión prematura. El *Kristian* viraba nuevamente, alejándose, cuando el astrónomo advirtió:

—No les hemos alcanzado, Hansen. El proyectil fue hecho estallar a unos cuatro mil metros de distancia.

—Lo esperaba, profesor. De intento disparé un cohete construido con acero antes de hacer uso de las demás armas. Esperemos ahora su contestación; nuestra salvación depende de las deducciones del profesor Weissemer, Si es cierto que el vidrio detiene los efectos de su poder, nada nos ocurrirá a bordo del *Kristian.*

Mientras tanto, en el piso inferior del cohete, los artilleros tenían dispuestos los proyectiles «C», construidos con cristal en su envoltura y provistos de la más maquiavélica maquinaria que la mente humana pudo idear. Eran debidos a la concepción de un prestigioso ingeniero, Frank Ulbritch, que estaría aguardando en la Tierra el desenlace de los acontecimientos y constaban en esencia de un radar ultrasensible que los dirigía hacia el enemigo guiados «por el calor que originaban sus reactores o motores atómicos». De confirmarse la predicción del fallecido profesor Weissemer, no

habría ninguna fuerza que les detuviese en su camino. Estos llegarían inexorablemente a su destino.

—No hay comunicación por radio con la Tierra, Hansen —anunció Festen desde la sala de control. Estamos solos en la inmensidad del espacio.

—¡Cuidado, Hansen! —chilló McAlister—. ¡Proyectiles dirigidos sobre nosotros!

A través de los cristales de la cabina se percibió un fulgor rojizo de impresionante intensidad.

Ningún sonido se transmitió hasta ellos, pero el *Kristian* experimentó una doble sacudida que le bamboleó con fuerza y una fuerte sensación de calor elevó la temperatura interior haciendo hervir la columna del termómetro. Sobre la envoltura de la aeronave se marcaron manchas sombreadas en el brevísimo plazo de tiempo que siguió a la explosión de aquellos proyectiles. Los tripulantes no llegaron siquiera a lanzar un grito de terror: fue sustituido por un suspiro satisfecho al comprobar que el cohete existía todavía en lugar de ser desintegrado, que la velocidad no se aminoraba y que aquellas manchas opacas se debían tan sólo al revestimiento interno de vidrio, falto en su parte externa de las planchas metálicas que habían desaparecido.

—Solamente nos han abierto unas cuantas ventanas más, Hansen —dijo la voz alborozada de Festen desde la sala de control.

—Dios es bueno —repuso el sueco—. Nos ha permitido averiguar que nuestros enemigos no son invencibles. Quizás la Tierra se salve, Festen.

—Pero nosotros no podemos comunicárselo.

—Es lamentable, desde luego; pero lo que importa ahora es hacerles experimentar nuestro poder. ¡Atención, artilleros! —ordenó—. Proyectiles «C» dispuestos.

—Tubos dos y cuatro, listos —contestaron.

—Cálculo de tiro efectuado —anunció control

—¡ Fuego!

Y otra vez el viejo McAlister gozó del espectáculo, A una distancia de 125. 000 metros se encendió la luminaria blanca, viva y poderosa que envolvió a una de las esferas que marchaban en cabeza de la línea. Cuando el resplandor se disipó la voz de McAlister llegó gozosa hasta la cabina de mando.

—Un éxito completo, Hansen. Esto me recuerda una vieja canción que cantaba en los lejanos días de mi niñez y que se, refería a diez negritos que fueron a pescar. Pues bien, una esfera se fue a

las nubes… y quedaron veintinueve.

A través de los auriculares llegaba hasta el sueco la sinfonía salvaje de los tripulantes que exteriorizaban su júbilo con gritos y aullidos que nada tenían de humano. Una voz unánime exigió:

—Vamos a por los que quedan, Hansen. ¡Vamos por ellos!

El *Kristian* mismo se estremecía con ganas de pelea y en sus entrañas semejaban agitarse los proyectiles, ávidos, por buscar al enemigo. Uno tras otro fueron siendo disparados y a cada indicación de McAlister un nuevo rugido de entusiasmo saludaba las destrucciones.

—Otra se perdió en la noche… y quedaron doce.

Y salvo los dos proyectiles «C» empleados con la primera de ellas, bastó uno solo para cada una de las restantes hasta que la voz del jefe de artilleros enfrió la fiebre combativa de todos.

—Reserva de proyectiles «C» casi extinguida. Sólo quedan seis torpedos. Proyectiles «A», once de reserva. Se han gastado diecinueve de los primeros y uno sólo de los segundos.

El mismo *Kristian* acusaba los efectos de la batalla. Presentando al enemigo constantemente el costado de estribor, sobre él se marcaban las huellas de las explosiones que desintegraron la casi totalidad de sus planchas metálicas. No funcionaban ni el radar ni la televisión de aquel lado y hasta en ciertos instrumentos de a bordo se notaban perturbaciones que la calculadora electrónica trataba de corregir con sus cálculos.

—Ya es suficiente, muchachos —declaró Hansen—. Nuestra aeronave no es ningún, acorazado del espacio, aunque el día de mañana sirva como modelo de ellos. No contamos con suficientes reservas de proyectiles ni sabemos tampoco los peligros que nos aguardan en el resto de la travesía. Intentemos zafarnos de la persecución de esas esferas y ya les atacaremos en ocasión más favorable para nosotros. Por ahora es suficiente con la lección que les hemos dado.

—No hace falta huir, Hansen —dijo McAlister. —¡Son ellos quienes se retiran a toda velocidad!

Comprobado lo cierto de aquellas palabras y calmada la alegría que les prestaba su primera victoria espacia], Hansen se preocupó de los desperfectos que pudiera haber sufrido el *Kristian,*

—Voy a salir —advirtió—. Que dispongan el compartimiento estanco.

Bajando al piso inferior se endosó una escafandra de presión, se cubrió con el casco transparente y conectó la espita del oxígeno

aunque sin abrir la llave de los depósitos que llevaba a la espalda. Hubo quien consideró como disparatadas sus órdenes sin tener en cuenta que Hansen, en su «paseo» por el exterior del cohete, no podía sufrir ningún percance ni tampoco salir despedido hacia las inmensidades del espacio. Todo cuanto contenía el *Kristian*, hombres, máquinas y objetos estaba animado por la misma velocidad[4] y únicamente como medida de precaución se amarraría con una cuerda de seguridad, enganchándola en las aberturas y garfios que a tal propósito existían sobre el revestimiento.

Dio paso al oxígeno al meterse en el compartimiento estanco y aguardó a que la máquina neumática hiciese el vacío. Guiado por el cambio de luces que le indicaba la carencia de atmósfera, abrió sin dificultades la compuerta y salió al exterior, caminando sobre la estructura, indiferente a la fuerza de gravedad y sin experimentar ningún efecto por hallarse cabeza abajo con respecto a los tripulantes. Comprobó que el destrozo sufrido por las planchas de acero era completo y demasiado grande para garantizar una seguridad absoluta. Hasta el mismo vidrio estaba arañado y mordido, aunque sus grietas no pasaran de la superficie. No existía rastro de las instalaciones de radar de estribor ni tampoco de la televisión, y una de las aletas caudales del cohete, uno de sus timones, estaba prácticamente aniquilado, quedando tan sólo en pie su estructura de vidrio.

Movió dubitativo la cabeza al observar todo aquello y con sus manos enguantadas desprendió sin dificultades algunas esquirlas de acero que ahora se rompía como si fuese papel. Confiaba hallar en ellas algunos rastros del explosivo que las destruyó y el laboratorio se encargaría de determinarlo, si acaso existía. Había ido advirtiendo por radio **a** razón de ciento seis mil kilómetros por hora, sin que el ser humano lo perciba ni su organismo se resienta lo más mínimo por ello, debido solamente a que posee la misma velocidad que el planeta que lo contiene todo cuanto viera, y ai pasar al costado de babor pudieron verle sus compañeros a través de las pantallas de televisión de aquel lado y que no habían sufrido ningún daño.

Media hora más tarde estaba de nuevo en el interior del compartimiento estanco, revisando cuidadoso su escafandra con un contador Geiger en busca de radioactividad o algún cuerpo extraño adherido a ella. Tranquilo ante el silencio del detector, oprimió uno de los botones de la tablilla de mando y poco a poco fue llenándose de oxígeno el departamento; la presión se equilibró con la existente en el interior del *Kristian* y la compuerta se abrió sin dificultades

dándole paso. Entregó a Festen las muestras de acero obtenidas, quebradizas y negras, anotó brevemente los desperfectos y añadió dirigiéndose a todos:

—Necesitamos reparar el cohete y el punto más indicado para ello es la Tierra. Vamos a intentar el regreso, aunque puede ocurrir que no lleguemos nunca.

CAPITULO IV

LA INVASION

POCO después de recibirse el mensaje de Hansen dando cuenta del descubrimiento de aquellas esferas plateadas siguiendo al *Kristian* en su vuelo de regreso, las sirenas de alarma dejaron oír su voz en la ciudad submarina poniendo en conmoción a todos sus habitantes. Aviones provistos de radar, pertenecientes todos a la flota aérea de Ontario, exploraban la superficie describiendo amplios círculos en torno a Oasis, en Europa, y a Ontario, en el Canadá, y uno de los primeros que sobrevolaba las regiones de la antigua Alemania regresó rápidamente hasta encontrarse a cien kilómetros de la ciudad submarina para lanzar desde allí un mensaje radiado:

Descubiertas esferas plateadas en mi demarcación en número superior al millar. Retransmitan el mensaje y den la alarma.

Se le dio la señal de haber sido recibida su llamada y se previno a los pilotos más próximos acerca de las perturbaciones que hallarían sobre Oasis y la ciudad submarina, debidas a los aparatos de ondas ultrasónicas que en aquellos momentos comenzaban a funcionar Se dio la alarma y se radiaron instrucciones a todos los aparatos que formando un puente aéreo los enlazaban con Ontario. Luego quedó todo reducido a una espera angustiosa, mientras los grupos equipados con trajes especiales salían a la superficie para tomar posiciones y el estado mayor se reunía pasa hacer frente a los acontecimientos.

—Las comunicaciones son vitales para nosotros, en estos momentos —dijo Frank Ulbritch—y así ha debido comprenderlo el enemigo cuando nos las interfiere. Hemos de procurar mantenerlas en la medida de nuestras fuerzas.

—Si al menos pudiera saberse algo del *Kristian*... —habló Heinrich, su ayudante.

—Temo que Hansen y los suyos hayan pagado con la vida las órdenes que recibieron de nosotros, pero todavía confío en verlos aparecer en el momento más desesperado.

El recién creado ejército de Oasis constaba de unos tres mil hombres, repartidos entre la mina y la ciudad submarina, auxiliados por casi otras tantas mujeres. No se tuvo en cuenta la edad, y la

movilización fue total y completa. Tan sólo en los alojamientos quedaron los niños y niñas de 7 a 12 años, en número superior a los seis mil; pero sin escapar tampoco a una especie de instrucción militar que les enseñaba a defenderse y a poner en salvo sus vidas en caso de que sus mayores fueran derrotados. De la mina abandonada partieron en primer lugar los doscientos hombres del Grupo Especial, mandados por Adolf Hensche, un alemán animoso que los conducía a la batalla bajo las órdenes directas de Frank Ulbritch. Esperaban refuerzos que llegarían desde Ontario en submarinos, caso de que la navegación aérea no fuese posible, pero hasta entonces habrían de defenderse por sí solos contra los invasores que se acercaban a la Tierra.

La primera misión de los hombres de Hensche fue la de dirigirse hacia el sur mediante sus reactores individuales, dejando dos hombres cada cien kilómetros de distancia a cargo de una emisora de radio. Alcanzaron así la costa del golfo de Finlandia, en el Báltico, y montaron allí sus puestos de observación y vigilancia, destacando patrullas de reconocimiento sobre el mar y las tierras colindantes.

El radar jugaba un importante papel en su trabajo de exploradores y gracias a él disponían de un exacto mapa para sus apreciaciones, siguiendo los datos que recibían de Oasis, desde donde seguían la marcha de aquellas esferas por el telescopio electrónico. Mediaba la mañana cuando llegaron al Báltico y fue al amanecer del día siguiente, tras una noche interminable de espera angustiosa, cuando captaron en su pantalla los puntos luminosos que denunciaban la presencia cercana del enemigo. Casi al mismo tiempo recibían un mensaje, traído de Ontario por un submarino atómico, que daba cuenta del descubrimiento de grupos de esferas sobre la bahía de Hudson.

—La invasión se produce simultáneamente en todo el mundo —resumió Hensche, dirigiéndose a sus subordinados inmediatos—, y de continuar de esta forma pronto los tendremos ante nuestros ojos. Será mejor que nos preparemos para hacerles frente; nuestra misión consiste en contenerlos aquí todo el tiempo posible.

Sus hombres estaban desplegados a lo largo de una serie de colinas y dunas arenosas, a unos cuatro kilómetros del mar, ocultos en trincheras abiertas en la tierra blanda y agrupados en torno a las piezas de artillería atómica y a los lanzaproyectiles radiodirigidos que trajeran con ellos. Todo el armamento del grupo estaba construido de cristal y montado sobre plataformas de la misma materia provistas de reactores para hacer más fácil su

desplazamiento aéreo. Constituían, en conjunto, un grupo animoso y aguerrido, bien preparado y mejor equipado, y en ellos se cifraban las esperanzas del mando para frenar la primera embestida de los invasores.

—Puesto número once llamando a Hensche —zumbó la radio.

Se trataba de uno de los grupos dejados a retaguardia del grueso, en la ruta de Oasis al mar. Su llamada ocurría hacia las once de la mañana del 9 de enero del año 2025 y era el anuncio del combate inicial.

—Comunique, Aquí Hensche a la escucha.

El jefe del Grupo Especial adivinó de antemano el mensaje. El operador de radar descubrió cuatro puntos luminosos en su pantalla y dio cuenta de la escasa distancia a que se encontraban.

—Cuatro esferas se han inmovilizado en el aíre a unos quinientos metros de altura y a dos kilómetros al norte de nosotros.

—Les envió refuerzos. Vaya diciendo mientras tanto todo cuanto observe.

Hensche transmitió rápidamente sus órdenes y veinte hombres se elevaron a impulsos de sus reactores, remolcando a poca altura dos cañones atómicos. Se perdieron rápidamente hacia el norte, confundidos con el brillo cegador de la nieve que alfombraba el suelo, y Adolf tornó al puesto de radio.

—Descienden, Hensche. Giran sobre sí mismas sin que se advierta ningún escape de motores. Están ahora a unos treinta metros de altura... llegan al suelo... Giran ahora más deprisa que antes y la nieve sale despedida en torno suyo... también la tierra... ¡Cielos, Hensche! ¡Están perforando la superficie y se ocultan en el hoyo que cavan! El polvo nos impide distinguirlas ahora... Se va disipando... ¡Las vemos de nuevo! Están enterradas hasta su mitad y han formado un cuadrado en el suelo, con una cúpula metálica en cada uno de sus vértices. Son unas esferas plateadas, de unos diez metros de diámetro, con una serie de aberturas circulares a modo de ventanas... Nadie ha salido de ellas y sin embargo su sola contemplación da miedo.

En Oasis también les escuchaban, pero en las siguientes horas el estado mayor hubo de descentralizarse y ordenar que se formasen grupos autónomos, porque las esferas plateadas aparecieron por todas partes. Hensche contempló cómo una docena de ellas se acercaban a escasa altura sobre los hielos que cubrían el mar y cómo repetían la operación de soterramiento hasta su mitad, justamente a quinientos metros de su puesto de mando. Formaron

también un cuadrado, dejando entre ellas una separación de diez metros, y cuando se disipo la polvareda de nieve y tierra que levantaron con su perforación, las divisaron inmóviles y aparentemente muertas. Las filas de ventanas circulares semejaban otros tantos ojos que inspeccionaran los alrededores y precisamente la quietud que reinaba fue lo que puso nervioso a Hensche.

—Creo prudente retroceder un poco —dijo a sus hombres—. Estamos demasiado cerca de esas esferas.

Y fue al ponerse en movimiento el grupo cuando de una de ellas brotó un rayo rojizo que cruzó velozmente la atmósfera con el son seco de un trallazo y envolvió con fulgor llameante a los ocho o diez de la vanguardia que remolcaban una pieza de artillería. El vivo resplandor ocasionó en todos una especie de deslumbramiento e instintivamente se arrojaron sobre la nieve como tratando de escapar del chorro de llamas, ya que eso y no otra cosa les pareció aquel rayo,

Cuando Hensche alzó la cabeza y miró hacia las esferas vio abiertas unas puertas cuya hoja, doblándose por la base, formaba una rampa hasta el suelo… y vio también a dos hombres de elevada estatura, vestidos con unos trajes ajustados al cuerpo y cubiertos con un casco transparente sobre el cual brillaba una luz roja. Sin pensarlo un instante dirigió contra ellos su fusil atómico y apretó el disparador. Un proyectil nuclear, no mayor que un guisante, voló recto hasta el más próximo y a trescientos metros de distancia se elevó a lo alto una nube de humo mientras a través de los auriculares llegaba hasta él el estruendo de la explosión.

Ningún rastro quedaba de aquel hombre al disiparse el humo y el espacio estaba lleno de los trazos flamígeros que brotaban de las esferas, La batalla se había entablado y en ella se enfrentaba todo el esfuerzo de la industria de Oasis contra el poder maquiavélico de aquellos hombres llegados de otro mundo, de los que tan sólo conocían los escasos datos dados por Hansen después de la captura de un prisionero.

Hubo un gesto de alivio en Adolf Hensche al darse cuenta de que los suyos estaban intactos. La escafandra de cristal les protegía eficazmente de aquellos rayos y en los breves segundos que mediaron desde la aparición del primero hasta entonces quedaron emplazadas las ocho piezas de artillería de que disponían aún. Rompieron fuego los cañones contra las esferas y la nube de humo, el fragor de las explosiones y los estremecimientos del suelo se sucedieron ininterrumpidamente mientras todo aquel que no era artillero se diseminaba sobre la nieve disparando sus fusiles

atómicos.

Se volatilizó también el otro invasor bajo el impacto de un proyectil, pero aquellas jorobas metálicas que punteaban el suelo formando sobre el un cuadrado perfecto aguantaron incólumes la feroz descarga, cerradas sus compuertas y con las filas de ventanas semejando ojos.

No había bajas entre los hombres del Grupo Especial y la primera fase del combate se desarrollaba favorablemente para ellos. Así lo comunicó a Oasis y se sorprendió al escuchar la respuesta de Frank:

—Conténganlos como puedan ustedes. En la ciudad submarina nos defenderemos bien, pero la comunicación con la mina está cortada y nos tememos que hayan penetrado en ella.

—¡Es imposible, Frank! —exclamó Hensche—. ¡Tiene un revestimiento de vidrio y acabamos de comprobar que resiste!

—Es sólo una suposición, pero lo cierto es que no se puede comunicar con la mina y es imposible también enviar a alguien para averiguar lo que sucede. ¡Si aquellos malditos no hubiesen saboteado las obras del túnel...!

Las últimas palabras de Frank quedaron ahogadas por una cadena de estallidos que removieron la tierra lanzando a lo alto nieve y polvo impalpable. De las redondas ventanas de las esferas salían nuevos proyectiles mientras permanecían estáticas las emisoras que lanzaban aquellos rayos rojizos. Los hombres del Grupo Especial eran sacudidos con fuerza, algunos emprendían un pesado vuelo sin necesidad de sus reactores y tornaban a caer sobre la nieve, otros hablan desaparecido en la nada y los más se soterraban en busca de protección adecuada. Nadie pensaba en responder al fuego. Su valor y su acometividad habían desaparecido para dar paso a la voz del instinto de conservación, poseídos de un espanto que aumentaba por momentos al darse cuenta de que todo aquel a quien la violencia de un golpe rompía la escafandra se volatilizaba en la nada, desapareciendo en el interior de su estuche de vidrio. Un terrible calor, generado por las explosiones, fundía la nieve y el hielo y cuando la tierra quedaba al descubierto se elevaba de ella un humo ceniciento y corrosivo que constituía una nueva amenaza.

Una extraña pesadez parecía apoderarse de los hombres de Hensche que, espantados y vencidos, miraban hacia su jefe como en demanda de protección.

—¡Conmigo los que queden! —les gritó entonces éste.

—¡Mire, Hensche! —aulló uno de ellos.

Estaban poco menos que rodeados, encerrados dentro de un círculo de hombres embutidos en el interior de unas escafandras plateadas y guiados por el resplandor rojizo de sus lámparas. Empuñaban aquellos bastones de que ya tenían noticias los hombres de la Tierra merced a Hansen y su visión amenazadora y próxima resucitó el valor de todos llevándoles a hacer uso de sus armas. Los proyectiles atómicos volaron hacia ellos, pero aunque las explosiones con su fuerza expansiva los volteaban como peleles, tornaban a levantarse y a avanzar, estrechando inexorables el círculo metálico.

La ciencia se mostraba impotente para continuar la batalla. Cada arma tenía su antídoto en los dos bandos, y la orden de Adolf Hensche hizo retroceder la lucha hasta su primitivismo más antiguo.

—¡Cuerpo a cuerpo! —chilló— ¡A patadas y golpes con ellos!

Los fusiles atómicos se quedaron como frágiles cañas al pretender ser utilizados como mazas, y los hombres de la Tierra se vieron impotentes para proseguir luchando. De vez en cuando desaparecía un compañero al romperse su escafandra bajo el abrazo poderoso de un guantelete metálico debido a que la atmósfera estaba saturada de aquel gas desconocido que el profesor Weissemer designara como «Gas Q» y que tenía la propiedad de volatilizarlo todo con las solas excepciones del vidrio y del agua.

La derrota del Grupo Especial se hizo inminente al fracasar sus esfuerzos por romper el cerco, y solo unos pocos, siguiendo a su jefe, llegaron hasta la orilla del mar, limpia de hielo, removida y agitada como por una tempestad. Hensche se encontró inopinadamente frente a uno de aquellos gigantescos seres, e instintivamente alzó la pistola que aún empuñaba; el proyectil fue a estrellarse contra la unión de la escafandra y el casco, y su impulso arrancó la caperuza transparente, dejando al descubierto su rostro de piel extraordinariamente blanca, sus pupilas mortecinas encerradas entre las ranuras de los párpados, el trío de orificios que hacía las veces de nariz y la boca dentada, abierta con sensación de asfixia Su contemplación duró tan sólo unos segundos porque casi al instante vio cambiar el color de su adversario, trocándose en verdoso primero y en ceniciento después… mientras los tejidos y las células, la osamenta misma y los cabellos se volatilizaban entre un humo blanquecino y la armadura vacía se derrumbaba con estrépito, falta del apoyo del cuerpo que antes contuviera.

El grito de horror de Hensche resonó con fuerza en el interior

de su casco, y aquella visión aterradora dio alas a sus piernas empujándole a través del hueco momentáneamente dejado por su víctima. Tras él fueron algunos más, perseguidos siempre por los haces rojizos de aquellas luces diabólicas sujetas a los cascos. Restallaron nuevas explosiones, se bambolearon las figuras huidizas y momentos más tarde, a extinguirse su fragor y disiparse el humo, reinó sobre la superficie de la Tierra un silencio estremecedor sobre aquel campo de batalla sembrado de escafandras vacías, revueltas y medio enterradas entre el fango creado por la nieve al fundirse y esparcidas en todas direcciones en torno a la docena de esferas que formando un cuadrado perfecto erguían sus jorobas plateadas sobre la llanura.

Los hombres de las escafandras metálicas cesaron en su búsqueda de supervivientes y se reunieron sobre la nieve en torno al que parecía mandarles. Aquél extrajo de su cintura una cajita rectangular, de uno de cuyos lados extrajo la varilla flexible de una antena; escrutó luego un indicador circular, contemplando el cambio de su luz amarilla hasta la roja, y guardando luego el detector se quitó el casco de su escafandra, respirando sin dificultades la atmósfera terrestre. Sus hombres imitaron el gesto, y sus voces se entremezclaron rápidas mientras hablaban en su extraño idioma. Con gesto de infantil curiosidad se reunieron en torno a uno de los cañones atómicos después que todos cubrieron sus ojos con unas gafas ajustadas que sacaron de la especie de cartucheras que llevaban al cinto, confirmando la suposición de Hansen de que necesitaban la luz roja para su visión. Miraron y examinaron la pieza, y sin cesar en sus comentarios se retiraron hacia las esferas plateadas que nuevamente tenían abiertas las compuertas-rampa e iluminadas espléndidamente además sus ventanas circulares.

Las aberturas se cerraron tras el último hombre. Cuatro esferas, las que ocupaban los vértices del cuadrado, alzaron el vuelo avanzando con rapidez hacia el norte. Las ocho restantes, girando sobre sí mismas, levantaron sendos torbellinos de nieve y polvo, desapareciendo completamente en el subsuelo. La superficie de la Tierra quedó silenciosa y muerta, salpicada por los despojos de la batalla y mordida por los dos gigantescos embudos que unos finísimos Copos de nieve comenzaban a llenar.

CAPITULO V

LOS HOMBRES DE NOIDIM

CON la sola excepción del minúsculo grupo de seres, dieciséis hombres y dos mujeres que surcaban el espacio a bordo de una nave sideral, el resto del género humano, más o menos desperdigado sobre la faz de Ja Tierra, más o menos adelantado en sus tareas de resurgimiento y más o menos afectado directamente por la invasión, se estremecía bajo la pesadilla de una nueva guerra que amenazaba con su total destrucción o que, en el mejor de los casos, les dejaba entrever una esclavitud dolorosa bajo la férula de los conquistadores victoriosos.

Para todos era un enigma la procedencia de aquellos fantásticos seres, y la incógnita más tenebrosa pesaba acerca de su pujanza y su civilización, sobre sus adelantos y descubrimientos que de una manera sistemática estaban puestos al servicio de la destrucción y de la guerra.

Ningún terrestre podía suponer que cualquier otro astro, fuera de los tradicionales Marte y Venus, pudiera contener la vida en la forma que ellos la entendían, y pese a su conocimiento de que eran casi infinitos los cuerpos celestes sobre quienes concurrían las circunstancias de atmósfera propia, clima benigno, presión adecuada y distancia proporcional a la fuente de luz y calor que regentaba su sistema solar, siempre tuvieron por hipotéticas las afirmaciones hechas acerca de un ataque contra la Tierra que sería efectuado por seres venidos de allende el espacio. Marte y Venus, los planetas más indicados para contener la vida, estaban analizados, estudiados sistemáticamente e invadidos, por así decirlo, sin que jamás el hombre llegara hasta ellos. Se sabía positivamente que nadie tenía allí su morada, al menos nadie que pudiera inquietarles, y por ello cuando el planeta Tierra se estremeció bajo las convulsiones de la guerra total, cuando unos pocos dedujeron la intervención de una fuerza extraterrena, acertaron en sus suposiciones y trataron de prevenirse contra ellos, hallaron la repulsa del conjunto y fueron tachados de visionarios aunque luego se hiciese necesario darles la razón… cuando ya era demasiado tarde.

En el momento de producirse el ataque sólo existían unos miles de aviones y tan sólo una nave sidérea, el *Kristian,* y habrían sido

necesarios centenares y millares de *Kristian* para enfrentarlos a los vehículos aéreos más poderosos y perfectos que jamás surcaron el espacio. Los hombres de la Tierra llegaron tarde a todas partes y sólo supieron reaccionar dolorosamente, aunque con valor, frente a las primeras embestidas, sin llegar a saber que aquella invasión habla sido planeada cuidadosamente mucho tiempo antes y prevista hasta en sus más insignificantes detalles por la muerte de un pueblo inteligente, guerrero, desesperado y audaz, que habitó en principio los cuatro planetas de un sistema solar muy distinto al terrestre.

A una altura insondable, perdido entre las nebulosas brillantes de la Vía Láctea, existió en tiempos remotos una explosión de un núcleo que lanzó sus pedazos a través del vacío cósmico. Aquellos fragmentos vagaron sin rumbo por el espacio surcando las alturas hasta que fueron atraídos por otro sol que los mantuvo a una distancia constante de su centro y reguló sus movimientos de rotación y traslación originando un nuevo sistema. A lo largo de millones de años, aquellos cuatro fragmentos fueron perdiendo el poder calorífico y luminoso latente en ellos, a la par que la centrifugación originada por su movimiento a lo largo de una órbita fija, el impacto de los meteoritos y la lija áspera del polvillo cósmico redondeaban sus imperfecciones hasta convertirlos en esferas perfectas.

Aquellos planetas se llamaron Noidim, Suri, Kantros y Renesi, y sus condiciones de habitabilidad, aunque posibles, diferían sobremanera a todas las conocidas. El sol que les prestaba energía era de rayos infrarrojos. La presión del aire era muy débil y su atmósfera estaba sobrecargada de extraños gases que tenían la particularidad de impedir la percepción de aromas, perfumes o cualquier otra sensación olfatoria. Era posible la vida, y las criaturas que los poblaban se habían adaptado al medio ambiente a lo largo de las generaciones, originando una raza de elevada estatura, de potente fuerza y desarrollados músculos, de fino entendimiento y gran capacidad de trabajo. Sus pupilas veían tan sólo los rayos infrarrojos, única luz que conocían. Carecían de apéndice nasal, puesto que para nada lo necesitaban, y en su lugar poseían un trío de orificios que hacía las veces de filtro atmosférico para regular la cantidad de gases que penetraban en el organismo.

Se perdía en lo más remoto de la historia el momento en que la Vida hizo su aparición en los cuatro planetas bajo la forma de seres llegados hasta ellos procedentes de otro lugar del espacio. La tradición decía que fueron impulsados por la fuerza de la misma explosión que creó el sistema y que tan sólo un hombre y una mujer

llegaron hasta cada uno de ellos, procreando los descendientes que crecieron y se multiplicaron esparciéndose sobre los valles y las llanuras, sobre las altas montañas y las ásperas barrancas de los astros recién creados.

Fueron necesarios millones de años para que las generaciones, adaptándose al medio ambiente, comenzaran su florecimiento y su desarrollo espiritual. Aquellos cuatro planetas, astros jóvenes brotados del seno de un sol en erupción, perdieron totalmente su luminosidad y sus calorías, y recibieron la envuelta de una atmósfera que permitía el desarrollo de plantas y seres vivos. La tradición y la leyenda llamaban Recres al primer hombre que plantó un árbol, y Epiron a la primera mujer que abrió el surco y regó las semillas recién depositadas en él. Y como si aquella remota pareja inicial diese origen a un simbolismo permanente, los hombres de los cuatro planetas ejercieron su preponderancia absoluta sobre las mujeres, empleándolas en las labores agrícolas y en los trabajos domésticos, conceptuándolas como el único medio necesario para la continuación de la vida y considerándolas como un objeto más entre los muchos que estaban acostumbrados a utilizar y del que se desprendían cuando ya no les hacía falta.

Con el transcurso de los siglos florecieron las artes, se extendió la cultura y se ensancharon los dominios de los distintos soberanos —Tais, en su lengua— que se sucedieron en el poder, Noidim, Suri, Renesi y Kantros fueron otros tantos mundos independientes que sólo tenían de común la raza, el idioma, las costumbres y la cultura y civilización. El estudio sistemático, la investigación perseverante, la deducción científica y el ansia de saber se fueron extendiendo a todas las ramas de la ciencia. Atrevidas construcciones, maravillosos inventos y proyectos revolucionaron en el campo y en la producción industrial, fueron jalonando el paso de las generaciones y los años, progresando despacio pero con seguro avance.

Los lazos de amistad entre los cuatro planetas se fueron estrechando a medida que sus habitantes se relacionaban entre sí mediante vehículos aéreos y comunicaciones radiadas. Los hombres del reino de Kuanis —nombre dado a su sistema solar— tuvieron a su disposición más tiempo del que necesitaban para sus estudios, y así no es de extrañar que utilizaran la electricidad y las máquinas, descubrieran el método de separar los átomos de la materia, aprendieran a servirse de la energía desarrollada con su fisión, la utilizaran tanto con fines pacíficos como bélicos, aprovecharan las condiciones naturales de sus planetas para convertirlos en mágicos emporios en donde se alzaban a lo alto las ciudades de caprichosas

y prácticas formas, unidas entre sí por rectilíneas carreteras de metal surcadas por velocísimos vehículos. Hurgaron y arañaron las entrañas del subsuelo en busca de minerales radioactivos, perforaron las montañas dando paso a fértiles y escondidos valles, poblaron el cielo de aeronaves supersónicas, los mares y lagos de embarcaciones, convirtieron la vida en algo agradable y placentero y llegaron a erigirse dentro de ellos mismos en auténticos señores del Universo, puestos allí por la voluntad soberana del Gran Kiro, su dios supremo.

Hasta entonces se cuidaron siempre de perfeccionarse y enriquecer la raza con brillantes cualidades, entre las que destacaban el saber, la inteligencia, la voluntad y la perseverancia. Las mentes se iluminaron con la luz de la sabiduría y los corazones se ensancharon de gozo considerando todo lo creado por ellos… Pero su mismo progreso despertó en ellos sensaciones desconocidas que se pusieron de manifiesto, especialmente en el pueblo de Noidim, con ocasión de la espantosa tragedia que se abatió sobre los tres restantes planetas.

Al igual que sucediera con el sol que les dio origen, y en contra de las predicciones de los sabios más eminentes, Suri, Renesi y Kantros se cuarteaban bajo los efectos de desconocidas causas. La tierra se desmenuzaba perdiendo la consistencia de su masa; hervían las aguas de sus océanos y lagos despidiendo amarillentos vapores y llameaban las montañas vertiendo sobre las laderas el torrente impetuoso de la lava ardiente. El final se acercaba, inexorable, conduciéndoles a la destrucción, y el pánico se apoderó de los habitantes.

Los movimientos sísmicos eran frecuentes, conmoviendo las ciudades y derribando las obras más costosas y sólidas. Oleadas de gentes enloquecidas se extendieron por todas partes buscando la salvación en la huida, galopando frenéticas bajo el cielo negro surcado por extrañas livideces, sacudido por violentas corrientes de aire y repercutiendo bajo los sones de estremecedores ruidos. Estallaban los incendios, provocados por cortocircuitos en las centrales eléctricas; descargas de elevado voltaje carbonizaban a los fugitivos sacudiéndolos con sus trallazos; violentas explosiones cambiaban el aspecto de la superficie, y profundas grietas se abrían en el suelo engullendo ciudades y pueblos enteros, tragándose las carreteras y las montañas y devorando a los mundos condenados.

Una atmósfera densa e irrespirable interfería los angustiosos mensajes que cruzaban el éter en demanda de ayuda apremiante, al mismo tiempo que se movilizaban las flotas aéreas para proceder a

la evacuación de los supervivientes. La superpoblación que experimentaban aquellos planetas dejaba actualmente poco espacio a la gente, y miles de millones de seres no hallaron sitio en las aeronaves respectivas, pereciendo en los mismos aeródromos después de librar verdaderas batallas, sangrientas y enconadas, por conseguir una plaza libre. El terror y la vesania colectivas igualaron al sabio con el obrero, al gobernante con el súbdito y al siervo con el señor. Los hijos desconocieron a los padres y los padres a los hijos. Corrió la sangre de un hermano vertida por la mano demente de otro. Se despedazaron las multitudes ingentes, se hundieron las ciudades con crujidos siniestros y la oscuridad se acentuó sobre toda la superficie cuando los millones de aeronaves salieron de sus respectivos planetas para dirigirse a Noidim, único superviviente de aquel desastre.

Masas de esferas plateadas surcaron el espacio abatiéndose como nubes de langosta sobre la superficie de Noidim… para verse brutalmente rechazados por el fuego aniquilador de todas las armas conocidas. Noidim, tan superpoblado como todos los planetas de aquel sistema, hacía gala de un egoísmo infrahumano sacudiéndose a los hombres de su misma raza que trataban de hallar refugio entre ellos. Luminarias cenicientas fueron marcando sus puntos ígneos en la altura denotando la desaparición de aquellas esferas atiborradas de gente. Cayeron agavilladas, como segadas por una inexorable guadaña, y sólo unos miles de ellas, porción insignificante de las existentes antes del desastre, se alejaron do aquellos parajes buscando otros mundos en donde posar sus plantas.

Incansables, recorrieron el espacio en su afanosa exploración tratando de hallar entre los innumerables cuerpos celestes, conocidos o remotos, el más apropiado para comenzar a vivir de nuevo. Llegaron hasta las órbitas de distintos sistemas solares y se desperdigaron entre ellos reduciendo su número cada vez más. Unos fueron atraídos por astros de gran magnitud que les aplastaron sobre sus ásperas superficies o les achicharraron en sus infiernos espeluznantes. Otros fueron reducidos a polvo cósmico por el impacto feroz de los aerolitos y no fueron pocos también los que pereciendo a lo largo de la travesía quedaron condenados a vagar eternamente por las inmensidades del espacio, encerrados en la tumba esférica de sus aeronaves. Los menos llegaron hasta la Tierra y sintieron aumentar el calor en el interior de sus vehículos al chocar con la atmósfera, alzarse burbujas de los metales por efecto de la frotación originada con su velocidad de penetración, enrojecerse las planchas… vibrar con violencia y reducirse a

menudos fragmentos al mismo tiempo que los seres encerrados en ellas, dejando tan sólo como huella de su paso un rastro de fuego en el firmamento, una línea luminosa tan breve y efímera como la vida misma.

Reducidos a cientos o a docenas, los supervivientes arribaron a desconocidos planetas de diferente atmósfera a los suyos cuyos letales efectos les aniquilaron antes de que pudieran amoldarse a ellos. Unos pocos, más afortunados, intentaron comenzar de nuevo en las lejanas tierras que hallaron a su paso, aprovechando sus condiciones favorables, pero se encontraron con mundos en formación, atrasados con respecto a su cultura y aptitudes, faltos de medios sobre los cuales ejercer un dominio vital y carentes de todo cuanto necesitaban para su naciente industria.

Y el pueblo poderoso y superdotado, reducido a la miseria, al hambre y a las enfermedades, obligado a trabajar para subsistir y a luchar para defenderse, fue perdiéndose y desapareciendo, englobado en el mejor de los casos por los habitantes ya existentes, mezclándose con ellos y originando descendientes cuya minoría selecta se diseminaba entre los indígenas. Con el transcurso del tiempo ninguna otra huella quedó de ellos, de los en otro tiempo poderosos hombres del reino de Kuanis, a no ser el idioma, más o menos alterado, la influencia de sus. costumbres y su preponderancia sobre las mujeres y el cúmulo de leyendas que hablaban de su pasado esplendoroso y les calificaban de hombres superdotados, hasta el punto de constituir con todas ellas una especie de religión primitiva y salvaje basada en profecías y augurios que daban origen a complicados ritos y extraños cultos.

La semilla de Suri, de Kantros y de Renesi se esparció sobre el Cosmos y fue englobada por la magnitud del espacio insondable, dejando tan sólo fugaces destellos aquí y allá, semejantes a los trazos luminosos breves y efímeros que marcaron su destrucción. Sólo Noidim permaneció incólume después de la tragedia, y sus habitantes, tras la destrucción de sus hermanos de raza, se preocuparon en primer lugar de asegurar la supervivencia de su planeta para no verse constreñidos al mismo desastre. Se enfrentaron desde entonces con los dos principales problemas capitales: la superpoblación de constante aumento y la certeza de que en tiempo más o menos lejano Noidim desaparecería en la nada, obligado por el desequilibrio que la desaparición de los tres astros había creado en el sistema solar.

El pueblo egoísta y fratricida se dispuso a la salvación redoblando sus esfuerzos científicos. Creó un ejército incalculable

provisto de las armas más mortíferas, emprendió la exploración del espacio con sus vehículos aéreos y sacó enseñanzas de los primeros fracasos. Observaron la desaparición fulminante de sus esferas al rozar la atmósfera de un astro que reunía las mejores condiciones para subsistir y analizaron los motivos creando nuevos metales y nuevas aleaciones a la par que reformaban sus medios de propulsión y modificaban sus equipos e instrumentos. Perseverantes en su trabajo, llegó un momento en que pudieron surcar el cielo de la Tierra a enormes velocidades, regocijándose con la alarma e inquietud que sembraban entre sus moradores, despreciativos ante la visión fugaz de naves voladoras de extrañas formas que intentaban acercárseles sin que jamás pudieran competir con ellas en velocidad y capacidad maniobrera, e ignorantes de que los terrestres habían bautizado a sus aeronaves con el nombre genérico de «platillos volantes».

Como mariposas atraídas por una luz deslumbrante, los hombres de Noidim prosiguieron la exploración de la Tierra que constituía para ellos el cúmulo de sus anhelos. Tomaron fotografías, trazaron mapas y llegaron a conocer su topografía casi tan bien como sus propios habitantes. Con una constancia perseverante que hablaba mucho de su capacidad y resistencia, crearon en Noidim centros de experimentación en donde se reprodujo la misma atmósfera que se respiraba en la Tierra, de acuerdo con los análisis de las muestras de aire tomadas por los sabios. Lentamente fueron creando cuerpos especiales de combate cuyo organismo estaba amoldado al oxígeno, al nitrógeno y a los demás gases de aquella atmósfera. Paliaron la dificultad de la visión bajo otra luz que no fuese la infrarroja mediante instrumentos adecuados, y cuando juzgaron que estaban suficientemente preparados, todo se redujo a efectuar audaces aterrizajes en zonas desérticas o alejadas, y atrevidas incursiones, qué no tenían más objeto que apoderarse de cierto número de terrestres.

Asombrados por la diversidad de razas estudiaron las cualidades físicas, mentales y anímicas de cada una de ellas, su psicología y costumbres, sus lenguas y religiones, sus sentimientos, reacciones, sus discordias y. luchas internas, sus ambiciones y sus intrigas.

Despreciaron a los terrestres —llamados por ellos «rono-rono», es decir, «pequeños o enanos»— considerándoles inferiores, mas no por eso decayó el interés y la necesidad que sentían de apoderarse de su patria nativa. Desde entonces sólo necesitaron aguardar una ocasión favorable que ayudara a sus propósitos. Aposentadas en la

zona oscura de la Luna hubo siempre una patrulla de cuatro esferas plateadas —número que servía de base a su sistema aritmético, en recuerdo tradicional a los cuatro primitivos planetas— y desde aquel punto fueron observando, vigilando y transmitiendo. Sólo cuando en la Tierra, Oriente y Occidente llegaron a su punto de máxima tensión se lanzó un ataque simultáneo contra las dos facciones, dejándolas que se destruyesen por si mismas y ayudando a la hecatombe con las más mortíferas de sus armas. De la Tierra sólo les interesaba el suelo. Población, ciudades, adelantos científicos y odios de supervivencia ya los tenían los habitantes de Noidim, sobrados de ellos y faltos de patria en donde asentarlos. Considerando inferior a la raza humana, sólo pensaron en ella, o al menos en los pocos supervivientes, como en una legión de obreros forzosos a quienes encargar los trabajos más pesados y mortíferos.

Los hombres de Noidim iniciaron y fomentaron la guerra, asistiendo como espectadores al choque de las masas de aviones que llenaban el cielo, a la deflagración constante de los proyectiles radio- dirigidos y al caótico revoltijo de la infantería y las fuerzas acorazadas que se movían sobre el campo de batalla. Presenciaron la destrucción de las ciudades hasta que el humo y las nubes radioactivas obstaculizaron la visión a través de sus instrumentos ópticos emplazados en las naves siderales que formaban la avanzada de sus propias fuerzas, y hasta que sobre la faz de la Tierra se extendió el palio funeral que como manto piadoso y cruel cubría todas las imágenes dé muerte y destrucción.

Entonces se alejaron de la Tierra las esferas plateadas, emprendiendo el regreso a su mundo de origen, para volver después de un tiempo prudencial durante el cual se disiparan los efectos de las armas a cuyo poder no estaban inmunes ni siquiera ellos mismos. Y cuando llegó el momento oportuno, cuando la atmósfera letal que cubría el planeta muerto era lo suficientemente tenue para no dañarles, enviaron sus escuadras de esferas plateadas a la invasión y conquista del astro codiciado.

La resistencia inicial que encontraron, el hecho de que un grupo de hombres hiciera acto de presencia en la Luna, que combatiera con ellos después de abandonar el satélite y que llegaran a destruirles cierto número de aeronaves sin que su vehículo sideral pudiese ser apresado ni tampoco sufrir daño visible alguno bajo el fuego de sus armas, los actos de valor aislados y la seguridad de que todavía existían hombres fuertes decididos a hacerles frente, fueron detalles insignificantes en sus planes de batalla. Tiempo suficiente habría para domeñarlos y para anular el

poder de sus armas, para someterlos por la fuerza y tenerles a su merced con la victoria. Después de todo aquello bien podía desaparecer Noidim tragado por la nada una vez que la raza tuviese asegurada la supervivencia durante un plazo de tiempo considerado con seguridad prácticamente como infinito.

* * *

En la ciudad submarina, a centenares de kilómetros de distancia del punto en donde perecieron Hensche y los suyos, el radiotelegrafista de guardia apartó de sus oídos los auriculares y anunció con voz temerosa:

—Es inútil, Frank. Las emisoras automáticas han dejado de transmitir, bien porque hayan sido destruidas en su totalidad o por faltar los primeros escalones del trayecto. Lo cierto es que no consigo comunicar con Hensche.

Los hombres se hallaban reunidos en la oficina de Frank Ulbritch, convertida ahora en puesto de mando y centro de comunicaciones de donde emanaban las órdenes para la defensa y en donde se recibían los detalles sobre la marcha de los acontecimientos. En unión de su improvisado estado mayor, Frank intentó desde el primer momento encauzar los hechos en pro de la seguridad de las ciudades en donde estaban refugiados, pero todo se estaba volviendo en contra de ellos. Primero falló la comunicación con la vieja mina en donde tenían sus centros de aprovisionamiento y que permaneció completamente aislada de ellos, dado que el túnel de comunicaciones no llegó a terminarse. Estaban solos bajo la superficie del mar, ignorantes de si los invasores habían ocupado los pozos y galerías de Oasis, y precisamente entonces se perdía también el contacto con los hombres del Grupo Especial sobre quienes depositaran tanas esperanzas para ganar tiempo.

—Si, como me temo, Hensche y los suyos han dejado de existir —repuso Frank—, podemos dar por perdida la batalla y sólo nos queda morir defendiéndonos. Esos hombres llevaban nuestros mejores equipos, estaban preparados para la lucha y eran prácticamente invulnerables según nuestras propias deducciones. Los invasores deben poseer un arma cuyo antídoto desconocemos todavía, sin que haya tiempo para prevenirse contra ella. Hasta dudo de que el cristal sea ya buena defensa.

—Pero eso es imposible, Frank —replicó Heinrich—. Tenga en cuenta que estamos encerrados en una urna de vidrio, y que si esta materia no nos proteje...

—Nos protejerá Dios, que es el único a quien podemos recurrir en este trance.

Miró hacia el panel que formaba el tabique divisorio del aposento, contemplando el mapa en donde estaban señaladas las posiciones iniciales de los invasores, conseguidas mediante los datos del radar, cuya gigantesca pantalla, al lado del mapa, registraba sus movimientos señalando con puntos rosados cada una de las esferas descubiertas.

—Estamos completamente cercados —continuó Frank—. Véanlo ustedes mismos, señores. Junto a la costa del Golfo de Finlandia, último punto a donde llegaron los hombres de Hensche, se marcan doce puntos luminosos; otros cuatro están señalados más al norte… Cuatro más sobre el lago Inari, a unos trescientos kilómetros de nosotros… y cuarenta esferas repartidas entre Oasis y la ciudad submarina.

—Es curioso observar que su organización toma como base el número cuatro —apuntó Heinrich—. Todavía no se han divisado esferas aisladas ni tampoco en grupos de dos o tres. Siempre cuatro como mínimo, o un múltiplo de este número en los grupos mayores.

—En otras circunstancias podríamos perdernos en conjeturas acerca del motivo —habló Frank con un encogimiento de hombros —. Actualmente no tenemos tiempo, máxime sabiendo que también sobre Ontario se han divisado masas de esferas que se disponen al ataque. Nosotros estamos ahora defendidos por la coraza de ondas ultrasónicas que se extiende sobre la superficie del mar; contamos con una abundante reserva de proyectiles dirigidos del tipo «C» y tenemos asegurado el enlace con el Canadá a través de la cadena de submarinos atómicos. Podemos optar entre pasar al ataque o permanecer inactivos en espera de que nos descubran, si es que no lo han conseguido ya, y los invasores encuentren el medio de penetrar en nuestra ciudad.

Llegaba Frank a este punto de su conversación cuando sonó el timbre del teléfono y la voz agitada de uno de sus oficiales anunció:

—¡Los rusos se han sublevado, Frank!

Y casi al instante, como confirmación de aquellas palabras, comenzaron a escucharse disparos cuyos ecos repercutían por todos los ámbitos de la ciudad submarina.

CAPITULO VI

EL FIN DE LA RESISTENCIA

A lo largo de los pozos y galerías de Oasis los hombres se miraban inquietos. La brusca interrupción de las comunicaciones con la ciudad submarina y las indicaciones de sus aparatos de radar denotaban la cercana presencia del invasor y anticipaba lo inmediato del ataque contra sus instalaciones.

Con ojos temerosos miraban hacia las planchas de vidrio que revestían las paredes y el techo de los pasadizos, temiendo verlas cuartearse y abrirse súbitamente para dar paso a las figuras de los atacantes o a las nubes invisibles de los gases mortíferos. Desde dos días antes cada hombre y cada mujer se movían dentro de su escafandra prescindiendo de ella solamente en los casos absolutamente necesarios, y en todos los puntos estratégicos estaban almacenadas armas y municiones, víveres, medicamentos y demás en cantidad suficiente para asegurar una larga resistencia en caso de que el contacto entre los túneles y los pozos fuera cortado y sus defensores aislados entre sí.

No faltaba la energía eléctrica y solamente gracias a ella podían seguir en funcionamiento los instrumentos de precisión y cálculos, que les daban cuenta de la posición del enemigo. Las horas transcurrían con lentitud desesperante y tras un plazo de tiempo enormemente largo, cuando todos ansiaban la acción como desahogo de sus nervios excitados, resonó la voz de los amplificadores anunciando por todos los ámbitos:

¡Atención todos! El enemigo está penetrando en Oasis a través del suelo. El sector D-5 está incomunicado del resto de la mina. Bloqueen los accesos 24 y 28. Que los grupos de asalto estén dispuestos para repeler la agresión. Mantengan todos la calma y estén atentos a las indicaciones del puesto de mando.

Las órdenes provenían del reducto instalado en el profundo pozo que constituía el centro geográfico de Oasis. En él se hallaban los principales mecanismos, los controles de seguridad, los motores atómicos y las fuentes de energía, luz y calor de toda la ciudad subterránea. La central de radio ubicada en él advertía constantemente acerca del avance de los invasores, y a través de ella pudieron todos adivinar que el primer contraataque de los terrestres había sido inútil.

— ¡Atención! Nuevas penetraciones se han producido en el sector D-5, a espaldas de los conductos bloqueados. Orden de retirada a las fuerzas de Oasis que los guarnecen. Plazo máximo de retirada: quince minutos. Pasado ese tiempo, todo el sector D-5 será inundado con gases corrosivos. ¡Atención! ¡A todas las fuerzas terrestres del sector D-5!...

Se multiplicaron las consignas y las órdenes entre el eco resonante de los disparos, el zumbar de sirenas de alarma y el chirriar estridente de timbres. Girando como fantásticas peonzas y levantando remolinos de polvo en torno suyo, ocho esferas plateadas abrieron sendos pozos que iban a desembocar en el pleno de los corredores del sector D-5, asomando sus redondeces extremas a través de las esquirlas de los destrozados paneles de vidrio. No es que el cristal hubiera sido desintegrado, sino que cedió, pese a su grosor, bajo el impulso del choque contra unos cuerpos de inusitada dureza que se abalanzaban contra él a enormes velocidades y que ayudaban su poder de penetración con el giro rápido de sus cuerpos.

Las esferas, como candentes barrenas, abrieron brecha en el revestimiento de los túneles, proporcionando a los terrestres otra enseñanza dolorosa acerca de las armas de los invasores. Sus vehículos no eran solamente aéreos y probablemente marinos, sino que también, semejantes a topos, eran capaces de horadar el subsuelo y abrirse paso por entre las rocas más duras. Abrieron las rampas puertas, surgió un tropel de seres de elevada estatura, provistos de escafandras y armaduras y con una luz roja sobre el casco transparente. Hicieron restallar sus armas y se respondió a su ataque con disparos de fusiles atómicos que lanzaban unos proyectiles del tamaño de guisantes que atronaban los corredores al reventar contra las corazas y los trajes ajustados dé los atacantes.

El tiroteo atómico a corta distancia dejó sentir también sus efectos sobre el revestimiento de vidrio de las paredes, y mientras se desarrollaba con fiereza la batalla, atacando decididos los hombres de Noidim y defendiéndose con valor los terrestres que llevaban su desesperación basta la lucha cuerpo a cuerpo, nuevas esferas hicieron su aparición en los túneles próximos.

Todos los soldados recibieron la orden de retirarse antes de que se invadiera el sector con los gases corrosivos, pero ninguno tuvo tiempo de hacerlo porque el fulgor rojizo que acompañó al seco trallazo de una descarga aniquiló en pocos segundos a los pocos que todavía quedaban con vida y dejó silencioso y muerto el sector D-5 que constituyera la cabeza de puente de los atacantes. Se lanzaron

gases, sí, pero los atacantes no parecieron sentir sus efectos y tan sólo el impacto directo de los proyectiles atómicos era capaz de volatilizarles, aunque para ello hubieran de exponerse los soldados de Oasis a la caricia abrasadora y desintegrante de aquellos rayos rojizos que lanzaban la especie de bastones curvados que constituían el armamento enemigo.

Sólidas bandeadas que cortaban el acceso a nuevos corredores eran esparcidas en menudos fragmentos instantes después de ser construidas La radio había enmudecido, faltaba la energía en muchos puntos de Oasis y tan sólo la negrura insondable de los túneles era surcada por las lucecillas rojas que delataban la presencia de un enemigo. Tiradores aislados comenzaron a tomarlas como blancos de sus armas, entregados a una labor de paqueo que causó sensibles bajas entre los hombres de Noidim. Hubo actos aislados de valor como el de los defensores de los arsenales del sector D-18 que, convencidos de la inutilidad de su resistencia, dejaron entrar a los invasores para volar juntamente con ellos y obligar a las esferas plateadas a abrir un nuevo conducto para liberar a los soldados de su ejército sepultados por el derrumbamiento.

Los defensores se extrañaron que hubiese transcurrido una hora desde la iniciación de la batalla. La lucha se había convertido en una cacería apasionada y mortal, un combate del hombre por el hombre volviendo a la astucia, la felinidad y el encarnizamiento de los tiempos primitivos. Nadie pedía ni daba cuartel y hasta hubo una esperanza de triunfo cuando el grupo de artilleros que rodeaba el cañón atómico emplazado a lo largo del túnel principal acertó a meter dos granadas con espoleta instantánea a través de una de las redondas ventanas de una esfera que había brotado del suelo como un gigantesco hongo. Exteriormente nada pareció delatar la violencia de la doble explosión, pero la humareda verdosa y el amasijo de metales retorcidos que asomaron por el orificio como intestinos mecánicos de un cuerpo artificial les dieron el convencimiento del aniquilamiento enemigo.

Pero aquella pieza, como muchas otras, era reducida al silencio, a la nada absoluta en unión de sus sirvientes, y cuando el fragor de la batalla comenzó a decaer y los disparos a hacerse más espaciados, pudo verse a. grupos de hombres de Noidim empujando con sus armas a los primeros prisioneros terrestres. Entonces comenzaron las últimas voladuras y el sacrificio de la mayor parte de los defensores. Se desintegró el puesto de mando en menudas pavesas, se extinguió totalmente el fulgor del alumbrado, se

detuvieron las fuentes de energía y tan sólo el resplandor de los incendios, las negras nubes de humo y las masas amenazadoras de los gases que llenaban túneles y pasadizos presenciaron juntamente con las últimas explosiones la victoria de los hombres de Noidim que se retiraban en sus esferas, llevándose el puñado de prisioneros que no consiguió alcanzar la muerte durante la lucha.

* * *

Las fuerzas de seguridad de la ciudad submarina se lanzaron a la calle con los primeros disparos, y al tiempo que las noticias sobre la rebelión se hacían más concretas, avanzaron hacia el punto en donde los sublevados ofrecían resistencia

La situación era grave; un grupo de rusos, quizás un par de centenares, se habían apoderado de los controles de ondas ultrasónicas y amenazaban con detener los aparatos si eran atacados, privando así a la ciudad del «techo» protector que la defendía. Diseminados por los distintos departamentos y conservando como rehenes a varios oficiales del ejército y a los científicos que estaban al cuidado de las instalaciones, los rusos se enfrentaron con Frank Ulbritch, acudido hasta allí con un grupo armado de hombres.

Desde la entrada y desde las ventanas, dominando la plazoleta que se abría ante el edificio de control de ondas, los amotinados se tiroteaban con los soldados que intentaban avanzar para tomar posiciones favorables, y había algunos cuerpos tendidos sobre el pavimento de vidrio opaco. Cesó el fuego con la presencia del jefe supremo de la ciudad y los soldados se protegieron en sus puestos mientras aquél avanzaba a pecho descubierto hasta el centro de la plazoleta.

—¡Escuchadme! —habló Frank a los sublevados por medio de un altoparlante portátil—. Os supongo convencidos de la inutilidad de vuestros esfuerzos; estáis tan prisioneros como nosotros en la ciudad submarina, rodeados de enemigos que surcan las aguas que nos rodean en espera de hallar una entrada que les permita aniquilarnos. Sólo deseo que antes de deponer las armas me digáis vuestras condiciones para llegar a un acuerdo.

—¡Rinda la ciudad a los atacantes, Frank! —le contestó una voz en la que Ulbritch no tuyo dificultades para reconocer a Vassili, al cabecilla sovietizante a quien vapulara con ocasión de las obras del túnel—. ¡Rinda la ciudad ya que toda defensa es inútil!

—¿Crees acaso que los invasores van a respetarnos la vida,

Vassili?

— Siempre queda esa esperanza mientras estamos vivos, Frank. Acceda, o de lo contrario no lo contará ninguno de ustedes. Piense en los niños y en las mujeres encerrados en la ciudad submarina.

— ¡Por ellos lucho, canalla! —rugió exasperado Frank—. ¡Por ellos no puedo acceder a tus pretensiones!

—Aténgase, pues, a los resultados de su negativa. ¡Usted lo ha querido!

Todos escucharon una detonación en el interior del edificio y momentos después arrojaban a la plaza, por una de las ventanas, el cadáver de un oficial.

—Tengo todavía catorce rehenes, Frank —anunció Vassili a gritos—. Si todavía no ha aceptado cuando los mate a todos, detendré los aparatos de ondas ultrasónicas.

Se hallaban, todos en el segundo de los pisos, comenzando por arriba, en que estaba dividida la ciudad. Entre ellos y la superficie del mar se extendía una serie de alojamientos militares que se comunicaban entre sí y que ahora estaban abandonados al encontrarse diseminado el ejército por todos los puntos estratégicos. Arriba se hallaban también las seis campanas neumáticas, los compartimientos estancos principales y los correspondientes cilindros propulsados que integraban los vehículos de salida de la ciudad y el medio de enlace con la costa en circunstancias normales. Decidido a reducir el grupo rebelde, Frank intentó una última maniobra.

—¡Dame un plazo para deliberar, Vassili! —pidió—. ¡He de consultar con los míos antes de tomar una determinación que nos afecta a todos!

—Le concedo dos horas; ni un segundo más —repuso el cabecilla.

Con los hombres de su grupo y los oficiales de su Estado Mayor, Frank ascendió al piso superior y recorrió sus desiertos pasadizos hasta detenerse en un punto determinado.

—Estamos ahora precisamente encima del reducto de los sublevados —habló a los suyos— y sería un medio conveniente el atacarles en su propia madriguera penetrando en el control de ultrasonidos a través del orificio que un soplete especial abriría en el suelo de vidrio. Sin embargo, es arriesgado en demasía este plan porque implica el asesinato de los rehenes que Vassili tiene en su poder y el cumplimiento de su amenaza al detener los ultrasonidos.

Podemos darnos por perdidos si esto ocurre; mientras nuestro techo protector continúe en funcionamiento está asegurada la supervivencia de todos, aunque Vassili no quiera comprenderlo así. No han de faltarnos agua ni alimentos, que podemos extraer del mar a través de las compuertas y esclusas de salida, y tenemos medios de comunicación mediante los submarinos de Ontario.

—Reduciremos a ese rebelde, Frank —animó Heinrich—, o al menos hagámosle caer en una trampa. Facilítale medios para escapar. Accede a que ocupen dos de los cilindros de salida, devolviendo antes los rehenes...

—Vassili no es tonto, Heinrich, y exigirá garantías de que nada ha de sucederle. Cierto es que busca la vida, pero no le arriendo la ganancia si los invasores le descubren en la superficie. De todas formas lo intentaremos.

Desde uno de los departamentos estableció comunicación telefónica con el control de ultrasonidos situado debajo de él.

—Atiéndeme, Vassili —habló—. Como puedes suponer no me costaría demasiado trabajo el negarme a tus pretensiones, sin importarme que asesinaras a los rehenes ni tampoco que detuvieras los aparatos ultrasónicos. Si los invasores abren brecha en nuestra ciudad es tontería suponer que iban a respetar exclusivamente vuestras vidas y que tendríais tiempo de advertirles que os rebelasteis contra el mando supremo. Estoy dispuesto a pactar contigo poniendo de por medio ciertas condiciones.

—Veamos cuáles son, Frank —repuso Vassili—. Pero no cantes victoria todavía. Es posible que me niegue a aceptarlas.

—Peor para ti, rebelde. Atiéndeme: Me propongo entregaros dos cilindros de emergencia para que tú y los tuyos salgáis de la ciudad. Nadie impedirá vuestra marcha; va en ello mi palabra de honor. Los rehenes os acompañarán hasta el último instante, aunque se quedarán en la ciudad en el instante de vuestra partida. En los dos cilindros se cargarán víveres, equipos, medicamentos y agua que os asegurarán la manutención durante seis meses. Abandonaréis la ciudad submarina, y sólo lamento no haberte expulsado a ti tiempo atrás, Vassili. Me habría evitado así muchas complicaciones innecesarias.

—Accedo en principio a tus propósitos —contestó Vassili—, pero sólo daré mi conformidad cuando esté seguro de que tus palabras no encierran una trampa.

—Desde ahora podrás seguir nuestros movimientos por la pantalla de televisión. He empeñado mi palabra y la cumpliré mal

que me pese.

Avanzando presurosos por las calles y pasadizos del piso alto, los hombres de Frank comenzaron a meter en los dos cilindros designados los víveres, el agua y los equipos prometidos, acondicionándolos a bordo. Aquellos cilindros vitreos, de treinta metros de largo por tres de diámetro estaban alojados en unos compartimientos estancos a semejanza de los tubos lanzatorpedos; poseían medios propios de propulsión mediante baterías atómicas que ponían en funcionamiento un reactor, y en su interior, fragmentado por sólidos mamparos, había cabida para dos centenares de personas en caso de necesidad aun cuando la gente fuese apretada como sardinas. Eran verdaderas ciudades en miniatura y contaban con toda suerte de aparatos de precisión para guiar su rumbo a grandes profundidades.

Completada la carga, la voz de Vassili dió su conformidad a través del teléfono.

—Perfectamente, Frank —dijo—. Saldremos de la ciudad abandonándoos a vuestra suerte… Pero tú vendrás con nosotros para estar seguros de que no habrá traición.

—¡No accedas, Frank! —pidió Heinrich al conocer la propuesta del cabecilla—. ¡Te utilizarán como escudo mientras les seas necesario y después no vacilarán en matarte.

—No me importa morir, Heinrich —repuso Frank con un brillo de resolución en los ojos—. Tú tienes la suficiente capacidad para sustituirme en el mando y la ciudad no va a notar mi desaparición. Quizás sea mejor que me vaya con ellos, Heinrich. Todo antes que Vassili detenga los aparatos ultrasónicos.

—¿Y quién te dice que no los detiene antes de partir? ¿Cómo vamos a fiarnos de su palabra?

—Hemos de correr ese riesgo, Heinrich. También puede detenerlos ahora, quizás lo está haciendo en este mismo instante sin que nosotros podamos impedirlo.

Tomó nuevamente el teléfono y habló con Vassili dándole su respuesta definitiva:

—¡Sea, Vassili! ¡Iré contigo si ese es tu deseo… pero guárdate de mí y de todos nosotros si tus palabras encierran una traición!

Hasta él llegó la risa siniestra del rebelde que casi ahogaba sus palabras de respuesta.

—No te preocupes, Frank. No habrá tiempo para nada de eso.

Una hora más tarde los ascensores se ponían en movimiento desembarcando a los rebeldes y a sus rehenes en el piso superior.

Llegaban armados y en nutrido grupo, capitaneados por Vassili que se acercó a Frank y a los suyos con paso decidido.

—Somos ochenta —anunció— y para nada necesitamos dos cilindros de emergencia. Nos basta con uno, pero exijo que los víveres y equipos del segundo sean trasladados al que se nos destina. Más vale poseer alimentos para un año y navegar todos juntos, que fraccionar el grupo y reducir a la mitad el plazo vital. Doy treinta minutos para el transbordo y durante ese plazo permanecerá en el edificio de control el grupo que he dejado de vigilancia. Dentro de media hora subirán hasta nosotros para emprender el viaje.

Se trabajó afanosamente en el traslado de cajas y paquetes. Frank se despojó ostensiblemente de sus armas y se colocó junto a la escotilla de entrada,

—¡Usted, Irma! —exclamó sorprendido por la presencia de la misma mujer que en otra ocasión le advirtiera de los manejos de Vassili—. ¡Debí suponerlo! No ha podido usted renegar de su nacionalidad y de sus creencias como me hizo creer con sus propósitos.

—Por favor, Frank —murmuró la mujer mirándole con aire de reproche—. Confíe en mí y no tema, porque mi presencia junto a estos desalmados obedece a mí solo propósito de salvarle.

Un grupo de cinco hombres armados hizo su aparición en el ascensor cuyas puertas acababan de abrirse. Los rehenes fueron empujados afuera del cilindro de emergencia y Frank arrastrado hacia su interior ante las miradas contritas de sus hombres que esperaban una última reacción de su jefe. Los sublevados desaparecieron tras él, como si tuvieran prisa por abandonar la ciudad submarina, y la puerta del compartimiento estanco se cerró tras la popa de la nave.

A través del radioteléfono escucharon las voces de mando de Frank.

—Abrid las válvulas de inundación de la esclusa. ¡Obedeced! —agregó como si adivinara la indecisión de los suyos—. Abrid compuerta delantera de la esclusa.

Los aparatos indicadores registraron con su breve oscilación las vibraciones del vidrio al dar salida al cilindro de emergencia. Frank y los sublevados se perdían en las profundidades del mar arrostrando mayores peligros que los que amenazaban a los restantes... Pero muy pronto los acontecimientos hicieron cambiar las ideas de Heinrich y los suyos. Una terrible explosión sacudió la

ciudad entera, abrió un profundo pozo en el piso situado por encima del control de ultrasonidos y resquebrajó las paredes vítreas dando paso a torrentes de agua que se extendieron con amenazadora violencia. Había volado todo el edificio que contenía los laboratorios ultrasónicos. Era la última canallada de Vassili en su afán de destruir la ciudad.

—¡Atrás todos! —rugió Heinrich, alzándose aturdido—, ¡Atrás he dicho!

No funcionaban los ascensores, y los hombres se precipitaron por las escaleras en unión de los hilillos de agua que, como vanguardia de la avalancha, corrían en su seguimiento. No sin que la inundación produjese varias víctimas fueron evacuados los dos pisos superiores; se cerraron herméticamente todos los pozos de elevadores y los huecos de las escaleras; se taponaron rendijas y grietas, y los soldados, empujando ante ellos a las mujeres y los niños, descendieron a la base de la ciudad acarreando todos los útiles, todos los objetos más necesarios y todos los víveres, armas y municiones que pudieron salvar.

—No sé si aguantaremos la presión —dijo Heinrich—, pero no aguardaremos para asegurarnos. Voy a evacuar la ciudad… y que Dios guíe nuestros pasos por el nuevo rumbo.

Sobre la amplia circunferencia de la base se abrían los orificios casi contiguos de las esclusas, conteniendo cada una de ellas un cilindro de emergencia en todo semejante a los del primer piso. Cortando con mano firme todos los conatos de pánico colectivo, fueron embarcados los niños y las mujeres, los víveres y los equipos, los medicamentos y las armas. Sólo un grupo, en el reducto de mando que ocupaba el centro de la base, siguió a través de los aparatos la presencia de las esferas plateadas que giraban en torno a la ciudad como tiburones hambrientos rondando a su presa, dando inútiles dentelladas y feroces coletazos. El estruendo aterrador de los departamentos superiores que reventaban, incapaces de soportar la presión ejercida sobre ellos por el agua, acompañó a los primeros grupos que se introducían en los cilindros de emergencia.

Y súbitamente, como una nueva explosión retardada, todo el techo de la inmensa plataforma se abrió para dar paso a las cataratas y al torrente impetuoso del mar que volvía por sus fueros reconquistando el espacio que la mano del hombre le arrebatara. Ni los que estaban acomodados en los cilindros llegaron a saber la suerte de aquellos que aún permanecían en la ciudad ni éstos pudieron averiguar si los dos o tres cilindros dispuestos para la marcha habían conseguido su propósito. La inundación fue

instantánea. La ciudad fue aplastada como un castillo de naipes, y tan sólo dos esferas plateadas se posaron sobre sus ruinas, entrechocando con los cadáveres que sé agitaban entre los remolinos, y pasando a través de las nubes de burbujas que denotaban los últimos escapes de oxígeno.

* * *

Casi al mismo tiempo, en el cilindro de emergencia que conducía a los sublevados, Irma «la rusa» abría la puerta del pequeño departamento en que fuera encerrado Frank Ulbritch.

—Tome esto —anunció la mujer, entregándole una pistola atómica—. Utilícela cuando le lleven a presencia de Vassili.

—Gracias, Irma —repuso Frank—, Es usted valiente; me doy cuenta al verla obrar así… porque sabe que no dispararé contra Vassili.

—Estoy decidida, Frank. Sólo siento que usted haya de perecer también —murmuró Irma al tiempo de marcharse.

Poco después dos hombres armados conducían a Frank hasta la cabina de mando, del cilindro. Vassili estaba allí, dirigiendo las maniobras de navegación y trazando un rumbo que les conduciría hacia el este en busca de las costas de Siberia.

—Nunca desesperé de hallar compatriotas que hayan podido sobrevivir —repuso el cabecilla a la muda interrogación de Frank— y ahora vamos en su busca. Si existen, y no están tan adelantados como nosotros, los sojuzgaremos. Si no los hay, nosotros crearemos nuestro propio imperio.

—Está, usted loco, Vassili. ¿Cree que los invasores habrán dejado libre Siberia, o acaso intenta aliarse con ellos?

—¿Y por qué no? Al fin y a la postre sus propósitos y los nuestros son los mismos.

—Puede haber algo que impida esos propósitos, Vassili —dijo calmoso Frank Ulbritch—. ¡Por ejemplo, esto!

Y con rápido ademán extrajo la pistola que le entregara Irma, empuñándola con firme pulso y actitud decidida. En el semblante de Vassili y de los hombres que estaban con él en la cámara de mando se reflejó una expresión de terror.

—No se atreverá a disparar, Frank,.. No se atreverá —dijo el cabecilla con voz entrecortada—. Mis hombres le destrozarían.

—No dispararé contra usted, Vassili. Su mismo espanto le impide darse cuenta de mis propósitos. Debí matarle mucho antes, justamente cuando le derroté en las obras del túnel, pero no me

pesa arrastrar conmigo a los hombres que secundaron su proyecto de rebelión.

Alguien intentó abalanzarse sobre él, pero no fue lo bastante rápido para impedir que Frank oprimiera el gatillo dos veces. La explosión de los proyectiles atómicos hizo desaparecer la pared frontera de la cabina, dando paso al agua del mar que la inundó en pocos instantes. Hubo vanos movimientos para alcanzar la puerta estanca, abierta desgraciadamente, pero fueron cortados por la avalancha líquida que aumentaba rápidamente de nivel, El cilindro se inclinó hacia adelante, buscando una profundidad mayor de la que llevaba, y Frank murmuró una plegaria cuando el frío contacto del líquido alcanzó su cara. Escupió instintivo la primera bocanada amarga, pero no tuvo tiempo de repetir su gesto con la segunda.

El cilindro de vidrio se hundió en las profundidades del mar Glacial llevándose consigo a los tripulantes, y con ellos desapareció el último vestigio de la obra del profesor Weissemer. La ciudad submarina, Oasis, el grupo selecto que él creara, todo estaba aniquilado por la guerra y la traición. Si había algún superviviente estaba condenado al cautiverio y a la esclavitud bajo el signo opresor de los hombres de Noidim, auténticos conquistadores. y dueños absolutos de la Tierra.

CAPITULO VII

EL DESCUBRIMIENTO

NUEVAMENTE se varió el rumbo del *Kristian* después que los instrumentos de a bordo marcaron la distancia recorrida durante el tiempo que medió entre el descubrimiento de las esferas plateadas, la persecución a través del espacio y la batalla terminada con la destrucción y derrota de aquellos seres venidos de otro mundo.

El contador electrónico y el marcador de rumbos señalaron la posición de la nave sidérea en el infinito, a una distancia de la Tierra casi tres veces superior a la que mediaba entre aquel planeta y la Luna. El reloj eléctrico había medido noventa y dos minutos desde entonces, y Festen, el segundo comandante, resumió los cálculos con sus palabras.

—Nos encontramos ahora en un punto situado a 1. 156. 920 kilómetros de distancia de la Tierra.

—Querrá decir de altura —apuntó Karl.

—Diría eso si estuviéramos en la Tierra. Altura, de la Tierra a nosotros. Distancia, de nosotros a ella —repuso Festen.

—Comprendido, Festen; perdona la interrupción.

—Hasta este momento —continuó Festen con su informe—, el *Kristian* surcó el espacio a velocidades previamente calculadas y consideradas como tope máximo, pero después de nuestra batalla sabemos también que pese a las malas condiciones en que se encuentra la envoltura externa y al bombardeo reflejo a que han estado sometidos nuestros instrumentos de precisión, la aeronave aguanta y resiste sin grandes dificultades.

—Sin embargo —repuso Hansen— resulta peligroso un aumento excesivo de velocidad, Festen. No me fío mucho de nuestra envoltura, y las alteraciones que han sufrido nuestros elementes de cálculo, aunque pequeñísimas, son más que suficientes para recomendarnos la prudencia. Me acompañará ahora en la nueva inspección que voy a efectuar por las dependencias del cohete, y de su resultado dependerá nuestra velocidad de regreso. Necesito revisar también los controladores de temperatura para estar seguro de que no hay ningún escape que pueda resultar mortal para nosotros. Vamos allá, Festen.

Kurt Engle ocupó el sillón de pilotaje en la cabina teniendo

como segundo a Karl «el rubio», y Hansen, Cristina, el profesor McAIister y Festen abandonaron la sala de control para iniciar su inspección. Al pie de la escalerilla del comedor encontraron a Ketty Fraser que les preguntó:

—¿Emprendemos el regreso a la Tierra, Hansen?

—Vamos a intentarlo de forma que resulte factible conseguirlo, Ketty —repuso «el sueco»—. Ahora será mejor que vaya a la cabina y ayude a nuestros pilotos en lo que necesiten.

Uno por uno, el grupo fue recorriendo los departamentos del costado de estribor del *Kristian,* examinando las manchas oscuras dejadas en el vidrio que fueron cubiertas en un principio por unas persianas aislantes para prevenir la acción de los rayos cósmicos y contrarrestar el calor solar. Comprobaron la existencia de algunas grietas poco profundas y que no llegaban a la superficie e instalaron, además, una serie de dispositivos de alarma que indicarían cualquier pérdida de atmósfera que pudiera producirse en el interior de la nave sideral. El más importante de sus problemas lo constituía ahora la diferencia de presión atmosférica, ya que el exterior, carente de aire que ejerciera su peso sobre la envoltura del cohete, de presión nula e inexistente, ejercía una succión terrible sobre las placas de vidrio, ayudada por el impulso del oxígeno acumulado en el *Kristian,* capaz de agrandar las grietas y escapar por ellas tendiendo a la ley de equilibrio de las presiones, dejando vacío el cohete en pocos instantes. Como es natural, contaban con medios para prevenir esta contingencia y no en balde se construyeron los compartimientos estancos que aislaban las distintas secciones de la aeronave; pero lo que Hansen intentaba evitar era la inutilización total o parcial de una zona del cohete que bien pudieran necesitar en cualquier ocasión.

Casi una hora les llevó la instalación de los aparatos de alarma en los puestos más convenientes. y su empalme a la red general de energía.

—Terminado, Hansen —dijo Cristina—. Una luz roja se encenderá en el salpicadero de la cabina de mando cuando se produzca un escape de atmósfera y la misma luz, acompañada de un zumbido de aviso, se encenderá también sobre el plano detallado del *Kristian* que hay en la sala de control, indicándonos inmediatamente el punto amenazado.

Regresaron a sus puestos. El astrónomo trepó hasta el observatorio, encerrándose en él; Hansen tornó a la cabina de pilotaje, y Festen y Cristina, desde la sala de control, conectaron la pantalla de televisión orientándola hacia la Tierra a través del

telescopio electrónico que agrandaba su imagen.

Cristina se sumió en la contemplación de aquel disco verde-azulado que parecía tan próximo y tan lejano a la vez, considerando su engañoso aspecto, tan hermoso desde el espacio insondable y tan infernal en su remota lejanía al encerrar la destrucción y la muerte a manos de la guerra más despiadada y cruel que jamás contemplaron los siglos. Un sentimiento egoísta le hizo renegar de aquel regreso que les conducía quizás a un final inexorable, pero se avergonzó al punto de sus pensamientos y halló confianza todavía imaginando una solución favorable que restableciera la paz y la tranquilidad sobre un planeta que, pese a ser el mejor dotado de todos cuantos componían su sistema solar, o tal vez por este mismo motivo, contenía en su esencia la semilla de la discordia y del odio, de la ambición y la soberbia y todo un cúmulo de bajas pasiones que le condujeron hasta su destrucción casi total, culminando con el ataque de otros seres, más poderosos y bien dotados si cabe, que amenazaban con destruir y conquistar lo poco que todavía quedaba en pie.

Casi la asustó la voz de Festen que, a su lado, llamaba:

—Aquí control. Detectados por radar unos objetos extraños animados de gran velocidad. Se acercan hacia nosotros desde una distancia superior a los 5. 000 kilómetros, pero con su velocidad y la nuestra los tendremos encima en pocos segundos.

Además de la pantalla del radar aparecieron también en la de televisión tan pronto como Festen dio el ángulo de aproximación y el viejo McAlister enfocó hacia allá el telescopio. Casi al mismo tiempo unas fantasmagóricas ráfagas de luz llenaron la cabina de pilotaje llegando por la puerta estanca hasta la sala de control. Percibieron un sonido semejante al repiqueteo de la lluvia mientras la envoltura del cohete acusaba los estremecimientos del roce o el impacto de unos corpúsculos no mayores que un grano de arena y una masa de aerolitos, algunos de gran tamaño, se perdieron a lo largo de la ruta. Los «arrecifes del éter», como se ha llamado a los corpúsculos que surcan el espacio a velocidades fantásticas, era el peligro con que ahora se enfrentaba la aeronave y millares de ellos rugían en torno suyo alumbrándolo con sus fantásticas ráfagas lumínicas. Cualquiera de ellos podía aniquilar al cohete y a todos sus ocupantes en fracciones de segundo y por ello fue unánime el suspiro de alivio cuando su paso terminó tan fugazmente como comenzara.

—Profesor McAlister —pidió entonces Hansen. —Ayude a Festen en el trazado del nuevo rumbo y corrijan las desviaciones

que hayamos podido sufrir.

—Nos hemos librado de buenas —murmuró Festen, limpiándose el sudor que bañaba su frente.

La pantalla de televisión tornó a enfocar la Tierra y el viejo McAlister, después de fijar el telescopio, descendió hasta la sala de control, enfrascándose en la tarea de revisar los instrumentos y leer sus indicaciones, para llevar su posición al mapa estelar extendido sobre la mesa de derrota. Media hora después volvía a la cabina de mando diciendo:

—Está de Dios que no regresemos a la Tierra, Hansen.

—¿Cómo dice, profesor? —preguntó asombrado Hansen—. ¿Qué ocurre con nuestro rumbo?

—Nada y mucho tiene que ver nuestro rumbo, muchacho. Ninguno es culpable de lo que ha ocurrido… pero no me atrevo a pronosticar las consecuencias.

—¡Por el amor de Dios, profesor! chilló angustiado Hansen—. ¡Diga de una vez lo que ocurre!

—Está bien, Hansen; allá va, El *Kristian* es actualmente un cohete muerto que no responde al mando.

—¡Imposible, profesor! La energía eléctrica no ha fallado… el control de reactores funciona..

—Pero no ocurre lo mismo con nuestros mecanismos de precisión. Todos ellos han sido alterados por el paso de los meteoritos y ninguno ofrece seguridad en sus indicadoes. Está inservible el trazador de rumbos y los medidores de ángulos espaciales han sufrido una desviación que calculo en fracciones insignificantes de grado, pero que llevadas al espacio infinito y seguidas tan sólo durante los treinta minutos transcurridos suponen una desviación de millones de kilómetros. No he querido decírselo por teléfono y he preferido advertirle personalmente con el fin de no sembrar un pánico instintivo entre la tripulación.

—¿Entonces…?

—Seguimos actualmente una trayectoria casi opuesta a la que llevábamos y que nos hará cruzar primeramente la órbita de Venus, luego la de Mercurio y finalmente la de Marte, por no mencionar más astros, a menos que consigamos reparar y poner en funcionamiento los volantes de cambio de dirección que nos impiden de momento cambiar el rumbo. Un tanto tenemos a nuestro favor y es que navegando a 41. 000 metros por segundo estamos libres de la gravitación solar y sin posibilidad, por tanto, de ser atraídos por este astro. ¡Somos los primeros en surcar el espacio

con destino a otros planetas!

Hansen le miró estupefacto, dándose cuenta de que el astrónomo, pensando solamente desde el punto de vista científico y olvidándose del infierno que dejaban en la Tierra y los peligros que pudieran encontrar en su ruta, mostrábase entusiasmado y hasta como satisfecho de que aquella avería impidiera realizar el viaje de regreso.

—Admito sus palabras, profesor —repuso cambiando un signo de inteligencia con Engle que estaba a su lado— y puesto que en estos momentos sólo unos cuantos sabemos el actual destino del *Kristian,* le encargo la misión de comunicárselo al resto de la tripulación para ver si con su entusiasmo y su elocuencia contiene ese pánico instintivo de que antes me habló. Dígales que volamos sin rumbo a través del espacio, que no hay regreso a la Tierra y que estamos a merced del primer astro que nos atraiga con su masa. Hábleles de los peligros que estamos desafiando y del porvenir incierto que tenemos por delante. Quizás con lo que le contesten ellos recapacite acerca del ardor científico que le invade y su emoción por ser el primero en surcar el espacio en busca de lo desconocido.

El viejo McAlister se alejó refunfuñando aunque sin dejar por ello de comprender la razón que asistía a Hansen al hablarle de aquella forma. Los demás quedaron reunidos en la sala de control y el sueco alzó nuevamente la voz para exclamar:

—Intentemos reparar las averías, y si tal cosa no puede conseguirse… hágase la voluntad de Dios y acatemos sus designios que nos impiden regresar a la Tierra.

Cristina Tegel se quedó unos momentos a solas con Hansen y aquél la estrechó entre sus brazos con ternura, diciéndole:

—¡Pobre muchacha! Con razón me echarás en cara el desamor que aparentemente te estoy mostrando.

—No digas eso, querido. Estás al frente de todos nosotros y has de velar por nuestra seguridad. Tu tiempo es demasiado precioso para desperdiciarlo en nada y por eso, porque lo comprendo, no me duele tu actitud para conmigo.

—Sabes que te quiero, Cristina, y que echo de menos muchas veces aquellos ratos de Oasis, juntos en el trabajo, unidos en nuestras ocupaciones e inquietudes, compañeros en todos los momentos y enamorados en los breves ratos de descanso que nos hacían soñar con un mundo pacífico y venturoso.

—Aquí también me tienes a tu lado, Hansen. El *Kristian* no es

tan grande.

—Lo sé, Cristina, pero ese tabique de la sala de control que te separa de mi cabina de mando me parece un obstáculo infranqueable e invencible.

—Siempre nos queda el recurso de derribarlo, Hansen —rio la muchacha.

—dándole un beso en la mejilla, agregó:

—Anda, ve a reparar las averías que no pueden esperarte con la misma constancia que yo.

* * *

Reunidos en la sala de control, contemplaban la imagen que la pantalla de televisión les presentaba a través del objetivo del telescopio electrónico. Durante cinco días habían estado avanzando en línea recta a una velocidad que se aceleraba progresivamente y cortaron la órbita de Venus, resultando vanos todos sus esfuerzos por corregir la desviación de sus instrumentos de navegación y reparar el mecanismo de control que ponía en funcionamiento los mandos de dirección del aerocohete. La tripulación, sometida por la fuerza de las circunstancias, colaboró activamente a las reparaciones y unió sus esfuerzos a los de todos, tratando de conseguir el regreso a la Tierra aunque sólo fuese para perecer en ella juntamente con sus compañeros amenazados de destrucción…

Y cuando se convencieron de lo inútil de sus esfuerzos dejaron correr el tiempo, fatalistas y resignados, en espera de cualquier acontecimiento que pudiera turbar la monotonía de su viaje. Ahora había surgido aquel acontecimiento y un rayo de esperanza se abría camino en medio del instintivo temor que todos sentían ante el peligro de ser inexorablemente atraídos por un astro que se cruzara en su camino.

A través de la pantalla de televisión seguían con la vista el círculo amarillo de nítido brillo que el teleobjetivo había captado, acercándolo hasta ellos de forma impresionante.

—Ahí lo tenemos —decía el profesor McAlister—, ocupando un punto en el espacio que es el vértice del ángulo que forman los respectivos rumbos. En un plazo de tiempo más o menos grande penetraremos en la zona de influencia de su masa y entonces no habrá fuerza humana que nos desvíe de la trayectoria que nos llevará hasta él. Yo he sido el primer sorprendido ante la presencia de ese astro desconocido cuya posición en el espacio no está determinada por ninguna tabla astronómica, y por el momento sólo

cabe suponer que el astro en cuestión se encuentre ahora en el punto de su órbita más cercano a nuestro sistema solar.

—¿No es una hipótesis demasiado aventurada, profesor? —objetó Kurt Engle,

—No por cierto. Es del todo posible que ese astro siga una órbita excéntrica de enorme distancia entre los focos y su ruta sea en todo semejante a la de los cometas de largo recorrido. En los tiempos remotos de la Historia ya se hicieron apreciaciones más o menos exactas acerca de determinados planetas, pero ninguna noticia antigua o moderna hay sobre éste que ahora contemplamos y que seguramente ha llegado hasta nuestros ojos después de recorrer un largo camino.

—Entonces... si nosotros vamos hacia ese astro —dijo Festen—, si su masa puede atraernos hasta el punto de depositarnos sobre su superficie y nos vemos obligados a seguir su misma órbita, pueden transcurrir miles de años antes de que volvamos a encontrarnos en el punto de partida.

—No, amigo mío —rebatió McAlister—. No transcurrirán miles de años... sino millones según el cálculo más bajo. Pero dejémonos de suposiciones y conjeturas. Por ahora sólo puedo decirles que su tamaño es ligeramente superior al de la Tierra y que nos encontramos a una distancia de trece millones de kilómetros, en números redondos, de ese planeta desconocido. Dentro de poco y cuando conozcamos los resultados de los análisis espectro-gráficos y estudiemos las fotografías que he sacado por el telescopio, tendremos una base inicial para nuestra marcha a seguir.

Hansen miró el indicador de velocidad. Avanzaban a razón de 48.000 metros por segundo y un rápido cálculo midió el tiempo que mediaría, entre su posición actual y el recorrido de aquellos trece millones de kilómetros.

—Tardaremos poco más de treinta y un días en llegar hasta él, profesor, y en ese tiempo pueden ocurrir muchas cosas.

—En efecto, Hansen. Hasta puede ocurrir que desaparezcamos todos sin dejar rastro, que ese planeta sea la patria de los seres que están invadiendo nuestro mundo, que nos hayan visto, de la misma forma que nosotros a ellos, y que nos estén aguardando para prepararnos un adecuado recibimiento. Todo eso puede ocurrir... y no es poca cosa, como puede comprender.

—De acuerdo, profesor; pero déjese ahora de pensamientos pesimistas y estudie sus fotografías y sus análisis. Siempre me gustó saber adónde voy y en esta ocasión estamos a oscuras acerca de las

condiciones de habitabilidad de ese planeta. ¿Por qué no podemos suponer que allí encontraremos un verdadero oasis, un remanso de paz y tranquilidad en donde asentar nuestras vidas y encauzarlas por otros derroteros? ¿Tan escasa es la proporción de los mundos habitados en el espacio, profesor?

—¡Escasa en lo que se refiera a los mundos habitados… pero enorme en lo tocante a los astros «habitables», Hansen. Su número es incalculable, tanto como lo es el de estrellas que pueblan el cielo.

—Pues a mayor abundamiento, debemos sacudirnos el pesimismo que impera sobre todos nosotros a raíz de las desventuras y tragedias que han caído sobre los hombres de la Tierra. Sobrado sabemos que nuestro deseo es luchar al lado de los nuestros o perecer con ellos si la suerte es adversa, y no me equivoco al decir que el recuerdo de nuestros compañeros, de Frank Ulbritch y los suyos, de los pobladores de Ontario y de todos aquellos que pudieran existir desperdigados sobre la superficie de la Tierra, está siempre presente entre nosotros. Pero hemos de acatar el destino que nos ha traído hasta estas remotas alturas, que nos ha impedido realizar nuestros propósitos. Miremos confiados hacia el porvenir y no perdamos nunca la esperanza de que quizás en época remota seamos nosotros precisamente los liberadores de la Tierra.

Las palabras de Hansen, retransmitidas a todos los ámbitos del *Kristian* a través de los altavoces del circuito perifónico, obraron de estímulo sobre todos los ánimos, levantaron la moral y disiparon las nubes fatalistas que se cernían sobre todos ellos.

Ya en su puesto de mando, Hansen distribuyó las ocupaciones de todos a través de una serle de órdenes:

—Usted, Kurt, acompañe al profesor McAlister al observatorio y ayúdele en su trabajo. Necesitamos una vigilancia constante sobre ese astro y conocer inmediatamente todo cambio o alteración que pueda presentarse, tanto en su trayectoria como en su aspecto. Festen: Ya que es imposible comunicar con la Tierra, llame por radio a ese planeta, emita señales, algún signo constante o lo que sea. Dudo que reciba contestación, pero al menos mediremos la distancia hasta ellos sabiendo el tiempo que tardan las ondas de la radio en ser reflejadas. Cristina: Tú vigilarás los indicadores y el control de los motores; trata de evitar las averías, los esfuerzos bruscos y el aumento o descenso de la velocidad.

Añadió después instrucciones a Philip, jefe de los mecánicos; a Karl y a Ketty Fraser; a los artilleros y especialistas, sumiéndoles en una actividad constante que les distrajera de todo pensamiento, y luego se reclinó en su asiento, fijos los ojos en el salpicadero,

murmurando:

—Ahora todo se reduce a esperar durante treinta y un mortales días. Demasiado tiempo para los nervios de todos nosotros.

Cuarenta minutos después la voz del profesor McAlister era como un clarín guerrero que les sacudía:

—¡Atención, Hansen! —gritó—. ¡Atención, tripulantes del cohete *Kiistian.* Nuestro desconocido astro posee atmósfera propia en la que predomina el oxígeno juntamente con el nitrógeno y el anhídrido carbónico. Hay vapor de agua en las nubes que lo rodean y la coloración amarillenta obedece a que la zona que divisamos, completamente montañosa, abunda en sales de sodio. Los datos del espectrógrafo no pueden estar equivocados. ¡En ese astro es posible la vida y hasta puede que exista ya en él!

—¿No habrá sufrido su aparato alguna «desviación» como los demás, profesor? —preguntó Hansen con un tono que quería ser de broma, pero que dejaba traslucir la inquietud.

— ¡Apostaría mi mano derecha contra la hebilla de su cinturón, Hansen! —rugió el astrónomo—. ¡Nos encontramos ante un nuevo mundo en donde podremos vivir!

CAPITULO VIII

EL NUEVO MUNDO

*E*L plazo de tiempo que mediaba hasta la arribada final sobre aquel extraño planeta se pasó más deprisa de lo que todos esperaban, precisamente porque distrajeron la monotonía de las horas con el aprendizaje rudimentario de un nuevo idioma.

El prisionero capturado en la Luna y que hasta entonces mostrara una terca hostilidad hacia sus guardianes, encerrado en un hosco silencio en el departamento en donde estaba encerrado, cambió de modo de pensar cuando después de un infructuoso interrogatorio de Hansen, que le hizo acudir a su presencia, se dio cuenta de que sus raciones alimenticias iban escaseando y reduciéndose hasta desaparecer por completo. Una nueva entrevista con el jefe de la aeronave, después de dos días de completo ayuno, le hizo mostrarse más comunicativo y hasta lanzar envidiosas miradas hacia el plato de viandas que estaba dispuesto sobre una mesita cercana.

Excusado es decir que Hansen le proporcionó los medios ópticos para que la visión del prisionero fuese posible a la luz artificial que disfrutaban y todos aceptaron que, cubierto su rostro con aquellas gafas ajustadas que ocultaban el brillo mortecino de las pupilas, presentaba un aspecto menos aterrador y hasta más atrayente.

El cautivo no era tonto y comprendió lo qué Hansen quería. Habló atropelladamente, a borbotones, extendiendo sus manos ávidas hacia la comida, y después de un par de sesiones semejantes comenzó a nombrar distintos objetos, pronunciar el concepto de hombre y de mujer, de cielo y estrellas, de habitaciones, camas, mesas, alimentos…

Quizás por ello volvieron demasiado bruscamente a la realidad cuando el profesor McAlister anunció a Hansen que se hallaban a la distancia crítica para iniciar la maniobra de aterrizaje. Todos ocuparon sus puestos después de encerrar nuevamente a su «profesor de idiomas» —como le llamaba Cristina— y el viejo astrónomo desde el observatorio fue dando sus indicaciones con el paso de las horas.

El telescopio electrónico suministraba una imagen perfecta del

astro, revelando algunos detalles de su topografía.

—Esas montañas son de una altura impresionante. Hansen. Habrá que tener cuidado con nuestra velocidad para no estrellarnos contra ellas.

Llegó un momento en que la voz de McAlister indicó la conveniencia de reducir la velocidad, dada la proximidad a que se encontraban de su destino.

—¡Atención, control! —llamó Hansen—. ¡Paren los motores!

Observó en los indicadores de la cabina los resultados de las maniobras de Festen y de Cristina. La aguja del cuentavelocidades temblaba ligeramente, retrocediendo apenas y señalando insistentemente los 48. 000 metros por segundo.

—¡Conecten el freno aéreo!

Se estremeció el K*ristian* con la sacudida de los reactores y el cuentavelocidades fue acusando su efecto haciendo descender la aguja. Teniendo averiados los mandos de dirección era inútil pensar en describir una serie de elipses en torno al planeta, entrando y saliendo en su atmósfera para prevenir un brusco choque y sólo contaban con la reacción contraria de los frenos para reducir su velocidad antes de llegar a la zona crítica.

—Altura de kilómetros, 11. 150 —anunció Engle—, velocidad actual, 38. 000 metros por segundo dos reactores auxiliares rugían al máximo, redoblando sus esfuerzos, y sus efectos se dejaban sentir paulatinamente sobre la marcha del *Kristian.*

—Altura en kilómetros, 6. 825. Velocidad 29. 150 metros por segundo.

—Atención al termómetro —indicó Festen desde el control—. Temperatura 35 grados.

—Estamos entrando en la atmósfera de ese planeta —gruño McAlister—. Mucho cuidado, Hansen.

Todos percibieron un brusco choque que estremeció fuertemente a la aeronave. Multitud de objetos sueltos, desplazados de su sitio, rodaron por las planchas del piso con infernal estrépito, y la temperatura aumentó sensiblemente hasta alcanzar los 48 grados.

—Altura en kilómetros, 4. 300. Velocidad, 24. 000 metros por segundo.

Por efecto de su trayectoria y la atracción de aquel astro, el *Kristian* se ceñía a la curvatura del planeta en un descenso constante y rápido. Con los nervios en tensión y las frentes perladas de sudor todos los tripulantes fueron siguiendo las maniobras de la cabina de

mando y de la sala de control, y respiraron satisfechos cuando escucharon la voz del astrónomo, gruñendo satisfecha por el teléfono interior:

—Lo hemos conseguido, Hansen. Tres vueltas más y aterrizaremos.

A la quinta vuelta habían reducido su velocidad hasta los 12. 150 metros por segundo y había llegado el momento de tomar tierra, si es que esta expresión era apropiada para describir el descenso sobre un planeta desconocido.

El objetivo del aparato televisor, enfocado hacia el suelo, les mostraba en la pantalla una serie de rápidas imágenes. Sobrevolaban una extensa zona montañosa salpicada de altibajos y agudos picos que semejaban agujas dispuestas para ensartarles. Pasaron luego sobre un ancho brazo de mar de una coloración azul intensa y otra vez se adentraron sobre una llanura verde esmeralda sombreada por las manchas oscuras de los bosques.

—Velocidad, 5. 540 metros por segundo. Altura en metros 4. 800.

—El termómetro desciende, Hansen. Actualmente marca 32 grados.

—Es natural —contestó McAlister—. Pasada la fricción ocasionada por nuestro roce con la atmósfera, la temperatura desciende hasta su nivel normal, sin que con esto quiera decir que es la misma que impera sobre ese planeta.

—Hay bosques, praderas, valles y océanos —dijo Cristina, entrando en la cabina de mando— ¡Hemos encontrado un paraíso, Hansen!

—Puede ser, Cristina —repuso gravemente el muchacho—. Pero todas las bellezas que se presenten ante nuestros ojos nos harán recordar con mayor fuerza el infierno a que se ven sometidos nuestros hermanos de la Tierra.

—Trataremos de ayudarles, Hansen —dijo ella con fervor—. Trabajaremos para hacer resurgir su poderío.

—Será mejor que no venda la piel del oso antes de matarlo, muchacha —sermoneó el viejo McAlister—. Lo más importante ahora es poner nuestras plantas sobre ese paraíso sin sufrir desperfectos graves en nuestras personas y en el aerocohete que nos transporta. Lo demás vendrá por sus pasos contados si Dios y el destino lo consienten.

—¡A tope de freno aéreo! —anunció Festen desde el control.

La velocidad era entonces de 4. 000 metros por segundo,

mínimo de sustentación que necesitaba la aeronave para proseguir el vuelo horizontal.

—Altura en metros, 348.

—Aumentaremos la velocidad con el picado final —anunció Hansen,

El *Kristian,* rugiendo ferozmente al cortar las capas atmosféricas se precipitó raudo contra la superficie del mar que se abría debajo y que semejaba subir a su encuentro. Agarrados a sus asientos, los tripulantes fueron contando mentalmente los segundos que les separaban del choque, se bambolearon violentamente cuando la proa del cohete chascó sobre la superficie, levantando oleadas que enturbiaron la visión a través de los cristales de la cabina. Como un canto rodado lanzado horizontalmente sobre una superficie, la nave rebotó sobre las aguas con fantástico salto que la elevó a una veintena de metros con redoblada velocidad. Nuevamente se aproximaron a la superficie después de haber recorrido una docena de kilómetros.

—¡Nos estrellaremos, profesor! —gimió Ketty Fraser, señalando la cercana costa que se distinguía netamente.

La nave se hundió nuevamente en las aguas, y el impulso breve de los reactores atómicos puestos en funcionamiento por Festen obedeciendo orden de Hansen la empujó con fuerza sobre la superficie a semejanza de una rápida motora. Era la única maniobra capaz de impedir la inmersión de la pesada mole, no calculada para surcar los océanos.

—¡Contramarcha, Festen!

Los frenos aéreos levantaron oleadas de espuma con su rebufo potente. Escucharon el chirriar de las planchas al tocar sobre el fondo, y con el último impulso araron la playa arenosa que se interpuso en su camino, yendo a estrellarse después con espantoso fragor contra una duna de las muchas que limitaban el litoral. Quedó inmóvil la nave tras el siniestro crujido, y en su interior se incorporaron los tripulantes, contusas y espantados por la violencia del golpe.

Las luces se habían apagado totalmente, pero unos momentos después estaba conectada automáticamente la batería de emergencia haciendo renacer el alumbrado.

—¿Algún herido? —interrogó Hansen, sangrante la cara por el golpe que se diera.

Kurt Engle se debatía aturdido entre los chorros de arena amarilla que penetraron a través de Jos rotos cristales. Cristina

Tegel, desvanecida, estaba atravesada sobre el profesor McAlister que se incorporaba en aquellos momentos. De la parte de popa del cohete llegaban en aquellos momentos un grupo de mecánicos que, más protegidos del choque por la distancia a que se encontraron del obstáculo, resultaron ilesos. Con su ayuda trasladaron a los accidentados, deslizándolos a través de la sala de control y del comedor hasta llegar al pozo central en donde estaba abierta Ja esclusa de salida.

Un aire tibio y tonificante les sopló en el rostro ensanchando los pulmones y haciendo reaccionar a los desvanecidos.

—¿Lo conseguimos... Hansen? —murmuró Cristina abriendo los ojos—. Es cierto, ¿verdad?

—Sí, querida —repuso él estrechando sus manos—. Lo hemos conseguido y vivimos aún para contarlo. Estamos en tu paraíso, Cristina —la animó con una sonrisa.

Reunidos entre sí, y todavía con la terrible impresión del aterrizaje sobre ellos, los tripulantes destinaron un minuto a examinarse mutuamente. Les parecía cosa de milagro el verse vivos, el no hallar dificultadas para respirar ni experimentar ningún efecto nocivo.

—¡Es un paraíso, sí! —exclamó el astrónomo entusiasmado—. Un paraíso de carbono perdido en las inmensidades del espacio. Un mundo semejante al nuestro...

—Todavía podemos encontrar más peligros de los que deseemos, profesor —terció Festen.

Mientras el grupo de mecánicos reconocía el casco del *Kristian* para tratar de determinar sus averías, Hansen hizo sacar uno de los helicópteros albergados en él.

—Exploraremos nuestros dominios —anuncio decidido.

El pájaro mecánico se elevó en los aires densos y calientes de aquel planeta, llevando como pasajeros a Hansen, a Cristina y al viejo astrónomo. Salvando desde 500 metros de altura la franja arenosa que circundaba el mar, se adentraron sobre una llanura ligeramente ondulada que reflejaba su verde intenso bajo los rayos de un sol semejante al de la Tierra. Volaron sobre valles de magnífica belleza, sobre el trazo amarillo de las montañas que cerraban el horizonte.

Fue al aproximarse a ellas cuando distinguieron un punto brillante que les llamó la atención. Era algo que parecía reflejar los rayos del sol en una serie de rápidos centelleos. Accionando los mandos, Hansen hizo descender el helicóptero y describió un

círculo a prudente distancia mientras enfocaba el objeto con sus prismáticos. Hubo un dejo de inquietud en su voz y una recóndita amargura en sus palabras cuando tuvo que ceder los gemelos a Cristina.

—Temo que tu paraíso sea sólo una apariencia engañosa, cariño. Mira.

La muchacha lanzó una exclamación de terror. Sobre un montículo que los prismáticos acercaban enormemente se distinguía claramente una esfera plateada, enterrada hasta su mitad entre las rocas y mirándoles con los ojos sin luz de sus ventanas circulares.

Casi al mismo tiempo recibían una comunicación radiada de Festen.

—Atención, Hansen. Me he adentrado más allá de la playa, siguiendo un riachuelo que desemboca cerca de nuestro punto de caída. Quisiera creer que fue una ilusión óptica, pero vi una columna de humo, muy tenue y lejana que desapareció casi al momento. ¡Me temo que el planeta esté habitado, Hansen!

—Lo está, Festen. Y mientras no se demuestre lo contrario creo que sus habitantes son nuestros amigos de las esferas plateadas. Creimos llegar a un paraíso y hemos venido a dar con un infierno semejante a la Tierra.

F I N

Notas

[←1]

1 Para la mejor comprensión de este resumen remitimos al lector a la obra «AMENAZA LATENTE», publicada en esta misma Colección.

[←2]

El hecho de que la Luna presente siempre la misma cara a los rayos del sol crea en ella una zona de luz y otra de insondable oscuridad. Entre ambas se extiende una franja de semipenumbra que hace las veces de frontera.

[←3]

La tierra de la Luna, claro está, ya que de alguna forma hemos de llamarla.

[←4]

Podemos presentar al lector un ejemplo práctico. La Tierra, en su viaje alrededor del Sol, recorre su órbita